

APÓCRIFOS INFANTILES

José Carlos Canalda



ÍNDICE

PRESENTACIÓN	2
I. APÓCRIFOS INFANTILES	3
RENOVARSE O MORIR	4
EL PATITO GENÉTICAMENTE FEO	6
PEDRO Y EL LOBO (O PEOR TODAVÍA)	12
CORRECCIÓN POLÍTICA	14
SÍNDROME DE DIÓGENES	18
ERROR FATAL	21
ENFERMEDAD INCURABLE	24
LA FE TE SALVARÁ	25
LA VERDADERA HISTORIA DEL FLAUTISTA DE HAMELIN	27
LA VERDADERA HISTORIA DE LA CASITA DE CHOCOLATE	30
LA VERDADERA HISTORIA DE LA GALLINA DE LOS HUEVOS DE ORO	33
LA VERDADERA HISTORIA DEL RATÓN PÉREZ	36
LA VERDADERA HISTORIA DE LOS TRES CERDITOS	39
LA VERDADERA HISTORIA DE LA CIGARRA Y LA HORMIGA	41
II. PRINCESAS DE CUENTO	43
LA BELLA DURMIENTE DEL ASTEROIDE	44
CUENTOS ROSAS	45
BLANCANIEVES Y LOS SIETE DESEMPLEADOS	54
LA VERDADERA HISTORIA DE BLANCANIEVES Y LOS SIETE ENANITOS	57
LA VERDADERA HISTORIA DEL PRÍNCIPE AZUL	59
BLANCANIEVES Y LOS SIETE LOBITOS	62
BLANCANIEVES Y LOS CUATRO ENANITOS	65
PUBLICIDAD DE CUENTO	67
BLANCANIEVES Y LOS ¿SIETE ENANITOS?	68
EL PRÍNCIPE CHASQUEADO	70
BLANCANIEVES Y LOS SIETE...	72
BLANCANIEVES Y LOS SIETE PITUFOS	74
BLANCANIEVES... PERO NO TANTO	76
LA VERDADERA HISTORIA DE LA BELLA Y LA BESTIA	78

PRESENTACIÓN

Tal como su nombre indica estos cuentos son versiones apócrifas, cuando no descaradamente parodias, de relatos clásicos -o no tan clásicos, pero sí conocidos- y a la vez irreverentes, es decir, muy poco o nada ortodoxas, habiendo intentado, eso sí, no dejar títere con cabeza.

He de reconocer que pocas veces me he divertido tanto como escribiendo estas gamberradas, aunque es probable, eso sí, que algún celoso guardián de la prístina pureza de los relatos pudiera pedir que me llevaran a patíbulo por ello... allá él, es evidente que hay que leerlos con ánimo de echar una carcajada o, por lo menos, una sonrisa. Si es así, habré conseguido lo que buscaba.

Los relatos, dada su heterogeneidad, están agrupados por series, aunque en las ocasiones en que algunos de los relatos podrían encajar en dos apartados, como es el caso de los de ciencia ficción o los literarios con los cinematográficos, he optado por elegir la versión original, lo que hace que los dedicados a Frankenstein o Drácula estén clasificados entre los literarios, mientras que aquellos en los que las “víctimas” son King Kong, Godzilla o los protagonistas de *La guerra de las galaxias* lo han sido entre los cinematográficos. Asimismo bastantes de estos relatos entrarían perfectamente en la categoría de los ultracortos, pero debido a su temática específica he preferido recogerlos aquí.

Dada su extensión, para una mayor comodidad de lectura los he dividido en ocho volúmenes. Los correspondientes a este volumen son los siguientes: *Apócrifos infantiles* y *Princesas de cuento*, que junto con las *Variaciones sobre Caperucita Roja* están basados en conocidos cuentos para la infancia a los que he añadido mi *toque* especial. Dentro de cada apartado están organizados por orden cronológico conforme fueron escritos, salvo cuando existen varios que comparten un mismo título.

Y eso es todo. Espero que se diviertan.

José Carlos Canalda

I. APÓCRIFOS INFANTILES

RENOVARSE O MORIR

HADA AZUL S.A.
ANDROIDES Y HOMBRES MECÁNICOS

Estimado señor Pinocho:

Conforme a su solicitud, tenemos el placer de remitirle el presupuesto que nos solicitaba:

-Cuerpo de robot androide modelo RA-370/P	365.000 créditos
-Cerebro positrónico modelo CP-2005/X	875.000 ”
-Volcado de memoria en el cerebro positrónico (con copia de seguridad homologada)	77.500 ”
-Calibrado, ajuste y rehabilitación	33.000 ”
-Gastos de alojamiento y hospitalización	29.000 ”
-Retirada del cuerpo desechado y tramitación de licencias	16.300 ”
-Seguro de responsabilidad civil (obligatorio)	9.000 ”
Total	1.404.800 ”

A lo que habrá que sumar un 16 % de IVA y las tasas oficiales correspondientes (2.500 créditos).

Asimismo, la compañía Hada Azul pone a su disposición diversos servicios opcionales tales como el contrato de mantenimiento Perfecto Plus, que por una cantidad de 10.000 créditos anuales (mas IVA) le da derecho a revisiones periódicas anuales en nuestros talleres especializados, con mano de obra gratuita en las reparaciones -tan sólo deberá abonar el coste del material reemplazado-, una ampliación a cinco años de nuestra garantía de reposición total (excepto el cerebro positrónico), descuentos de hasta un 50 % en volcados de memoria y precios muy competitivos en la renovación de piezas, incluyendo el cuerpo androide. En su caso concreto también podemos ofrecerle, si así lo desea, un contrato personalizado de renovación periódica del cuerpo androide por otro equivalente a un niño de mayor edad, hasta alcanzar la edad adulta.

Quisiera recordarle asimismo que nuestra empresa es puntera en el mercado mundial de robots y androides, siendo nuestros modelos los más avanzados tecnológicamente y los más indistinguibles de los humanos reales -a no ser por las marcas externas que la ley

obliga a implantar las diferencias resultarían virtualmente nulas-, así como los que menos incidencias y averías padecen a lo largo de su vida operativa, tal como refleja el estudio independiente realizado por la consultora García & García que le adjuntamos. Ciertamente hay compañías en el mercado que ofrecen precios inferiores por sus productos, pero le rogamos que antes de adoptar una decisión compare no sólo los precios sino también las calidades, así como los respectivos servicios post-venta y, en su caso, los planes personalizados con sus correspondientes descuentos. Disponemos también, si usted lo desea, de unos planes flexibles de financiación capaces de adaptarse a cualquier tipo de economía.

Quedamos a su disposición, en el convencimiento de que nuestra oferta resultará de su interés por tratarse de la más competitiva del mercado.

Atentamente:

Daniel R. Aceituno

Jefe de ventas

EL PATITO GENÉTICAMENTE FEO

Mamá Pato se encontraba impaciente. Sus huevos, empollados con cariño, estaban a punto de eclosionar. Y aunque no era primeriza y ya había sacado adelante varias polladas, el nerviosismo que sentía no era muy diferente al de su primera puesta.

Y el momento llegó. Uno tras otro, los patitos fueron rompiendo el cascarón asomándose por vez primera a un mundo que era completamente nuevo para todos ellos.

¿Dije todos? Bueno, todos no. Cuando ya el resto de sus hermanos comenzaban a corretear jubilosos alrededor de la satisfecha madre, el último de los huevos permanecía aún con su cáscara intacta, como si su ocupante se resistiera a abandonar su cálido y acogedor cobijo.

La pata, tras asegurarse de que sus retoños no se perdiesen de vista, volvió a acomodarse con cuidado empollándolo amorosamente. En fin, se dijo, era tan sólo cuestión de un poco más de paciencia.

-¡Vaya! ¿Qué tal la puesta? -le preguntó una pata vecina que venía de visita.

-Ya sólo queda por romper este huevo... -respondió Mamá Pato al tiempo que ahuecaba la blanda pechuga para mostrárselo- no sé por qué razón no lo ha hecho todavía, como todos sus hermanos.

-Déjame ver. -se interesó su amiga, una pata vieja con muchas polladas a sus espaldas- ¡Oye! -exclamó alarmada- ¿Has visto su tamaño? Es mucho más grande que los demás. -aseveró, señalando con la punta del ala los cascarones vacíos- ¿Seguro que lo has puesto tú? ¿No será un huevo de pava? Mira que los amos a veces acostumbran a engañarnos forzándonos a empollar huevos que no son nuestros...

-No digas tonterías. -protestó la airada madre- Por supuesto que es mío. ¡Si lo sabré yo!

-Si tú lo dices... -respondió la otra, no sin cierto aire de sorna, a modo de despedida.

-¡Habrás visto la muy cotilla! -bufó para sí la irritada madre una vez se hubo quedado sola- Se cree el ladrón...

Pero un movimiento bajo su cuerpo interrumpió su monólogo al tiempo que se disipaba su indignación. Su hijo, el benjamín de la pollada, estaba abandonando por fin el huevo.

Alborozada, la pata le ayudó con el pico a desembarazarse de los fragmentos de su prisión, comprobando desolada que no se parecía en nada a sus hermanos, ni en el tamaño -era bastante mayor que ellos, acorde con las dimensiones del huevo- ni en su aspecto; porque además de grande y desgarrado el patito era feo, muy feo.

Madre al fin, su vacilación duró tan sólo unos segundos, los imprescindibles para que su instinto maternal se acabara imponiendo sobre cualquier tipo de prejuicio. Feo o no era su hijo, y como tal lo cuidaría y defendería.

Lamentablemente, es instinto maternal no resultó ser extensible a ningún otro de los habitantes de la granja. Aunque el patito se mostró desde muy pronto dócil y cariñoso, no tardó en sentir en propia carne el rechazo de sus congéneres, que le despreciaban y maltrataban, por no hablar ya de los demás animales del vecindario. Incluso sus propios hermanos se avergonzaban de él y le rehuían, negándose a aceptarle en sus juegos. Tan sólo su madre lo trataba con cariño, aunque cada vez se mostraba más afligida por su desgracia.

Pero lo peor estaba por llegar.

Un buen día apareció por allí Papá Pato. Era éste uno de los mejores machos de toda la granja, y como tal presumía delante de todos por más que no acostumbrara a preocuparse lo más mínimo por su cada vez más numerosa descendencia. ¿Por qué razón se interesaba ahora, cuando no se había molestado siquiera en saber cuántos huevos había puesto su esposa?

Pronto se supo. Los rumores acerca de su presunto hijo -en los que se recalcaba burlescamente el adjetivo *presunto*- habían herido su orgullo masculino hasta unos extremos difíciles de tolerar, según decía. Su buen nombre, añadía, estaba por ello en entredicho, y no estaba dispuesto en modo alguno a convertirse en el hazmerreír de la granja.

Así pues, había ido hasta allí para comprobar con sus propios ojos cuanto de cierto había en todo ello. Y aunque las crónicas guardan silencio sobre su primera reacción al encontrarse frente al cohibido pollo, dicen que la bronca que mantuvo con la atribulada madre pudo oírse por toda la granja... lo que seguramente no deja de ser una exageración, aunque no cabe duda, a juzgar por los hechos posteriores, de que el disgusto del vanidoso pato debió de ser sin duda bastante considerable.

Tras la tempestad no vino la calma. Apenas unos días después de la accidentada visita, se presentaron en el cobertizo donde residían Mamá Pato y su pollada dos hieráticos individuos de especie desconocida para la sencilla anátida, aunque por otras fuentes sabemos que se trataba de antipáticos hurones. Uno de ellos, el que llevaba la voz cantante, se presentó como funcionario judicial y, exhibiendo un documento que

según él era un requerimiento del juez del distrito -Mamá Pato lo dio por bueno, puesto que no sabía leer-, explicó que, a instancias de Papá Pato, se iba a ejecutar una prueba de paternidad a su hijo putativo. Así pues, sin más dilación su acompañante, un robusto -según los parámetros de su raza- enfermero o algo similar procedió a capturar al inocente patito y, haciendo caso omiso de los desesperados chillidos de su aterrorizada víctima, le extrajo una muestra de sangre que se apresuró a guardar en el maletín que portaba, tras lo cual ambos visitantes se marcharon sin molestarse siquiera en despedirse.

Aunque nadie en la granja -allí no había escuela, ni tan siquiera televisión- tenía una idea clara de qué era eso de una prueba de paternidad, todos sospechaban que tendría algo que ver con el supuestamente mancillado honor del orgulloso padre. Y no se equivocaban, puesto que poco más tarde volvía el mismo funcionario, esta vez sin el enfermero pero acompañado por Papá Pato, para comunicarles que, conforme a los resultados de la prueba, se había llegado a la conclusión de que no existía vínculo genético entre el Patito Feo y el demandante; vamos, que este último no era su padre.

Siguió a la terrible acusación una larga perorata, salpicada de referencias a extrañas y desconocidas leyes, cuya conclusión venía a resumirse en lo siguiente: el demandante acusaba a su esposa de adulterio probado, por lo cual solicitaba el divorcio junto con la exoneración de todo tipo de cargas y responsabilidades familiares no sólo en lo referente al hijo adulterino, sino también al resto de la pollada cuya paternidad, por cierto, no había sido cuestionada en ningún momento.

En la práctica tal desvinculación tendría mucho más de simbólico que de real, puesto que de sobra es sabido, y Papá Pato no era desde luego una excepción, que los machos de las anátidas, polígamos por cierto, suelen despreocuparse por completo de sus proles, con lo cual poco iba a verse afectada la educación de los tiernos polluelos.

Pero estaba en juego algo mucho más serio, nada menos que el buen nombre del humillado pato, así que la aplicación de la sentencia fue implacable. La atribulada Mamá Pato fue declarada culpable sin atender a sus desesperadas protestas de inocencia, aunque se le permitió seguir criando a sus retoños -lo que hubiera hecho de cualquier manera- con una única excepción: el *hijo del pecado*, en engoladas palabras del abogado del esposo, fue separado de la tutela materna e internado, por orden del implacable juez, en un lóbrego orfanato.

Y si hasta entonces la breve existencia del patito había sido triste y amarga, a partir de ese momento se tornaría en dramática. La vida en el orfanato era digna émula de las novelas de Charles Dickens, y la ley de la selva campaba por sus respetos en ella como único código que regía las relaciones cotidianas de los jóvenes internos, abandonados a su propia suerte por la caterva de rapaces y corruptos custodios.

Al principio, y haciendo bueno el aserto de que el pez grande se come al chico, el joven pollo llevó claramente las de perder, salvándole tan sólo su innata capacidad para adaptarse a un ambiente tan adverso como potencialmente peligroso. Y sobrevivió, justo allí donde otros presuntamente más fuertes habían fracasado.

Mas el tiempo jugaba a favor suyo. Pese a la frugal y a todas luces insuficiente ración de alimentos que los administradores les daban de los sobrantes que su rapacidad dejaba en las magras rentas de la institución, el Patito Feo pronto comenzó a crecer más de lo que lo hacían sus compañeros de infortunio, todos o casi todos ellos rivales potenciales suyos, de modo que lo que en un principio fuera un lastre pronto se convertiría en ventaja.

Cada vez más robusto, y por ello capaz de implantar su propia ley, el otrora indefenso polluelo acabaría convirtiéndose en el cabecilla del orfanato, temido por sus expeditivos métodos a la hora de obligar a los demás a acatar su voluntad. Pronto incluso los propios cuidadores, pese a su carencia de escrúpulos, aprenderían también a respetarle.

Cuando llegó su mayoría de edad, y conforme a lo establecido en los estatutos del orfanato, el Patito Feo fue puesto de patas en la calle... literalmente, puesto que la institución no se preocupaba lo más mínimo por lo que pudiera sucederles a sus antiguos pupilos una vez traspuesta la verja de entrada al vetusto edificio. Claro está que ya en nada recordaba aquel arrogante y robusto mozo de pluma en pecho al otrora desgarrado polluelo, y de no haber sido por las inhumanas condiciones de vida a las que se había visto sometido en el orfanato, no cabía la menor duda de que hubiera acabado siendo una real ave.

Según le dijeron, no sin un deje de envidia, él no era un pato tal como había creído, sino un cisne, lo que explicaba la falta de consanguineidad con su presunto padre... y también con su inocente madre de haberse preocupado alguien de hacerle idéntica prueba. A saber cómo un huevo de cisne podía haber acabado siendo empollado por una vulgar pata doméstica, pero en realidad eso era algo que a esas alturas no le preocupaba lo más mínimo, como tampoco tenía el más mínimo interés en aproximarse a sus aristocráticos congéneres, entre los cuales se hubiera sentido un extraño, amén de que probablemente habría sido rechazado por éstos a causa de su patente tosquedad.

Tampoco sentía el menor deseo de volver a la granja donde accidentalmente había llegado a la vida, dado el amargor de sus recuerdos de entonces. En realidad no tenía una idea clara de qué hacer con su vida, salvo en lo que le impelía el instinto férreamente forjado durante sus años de aprendizaje en la dura escuela del orfanato: sobrevivir, a cualquier precio.

Y sobrevivió, mitad gracias a su fuerza, mitad por su falta de escrúpulos y su astucia. Poco después de abandonado el orfanato ya lideraba una banda de delincuentes juveniles, con cuya jefatura se había hecho tras deshacerse sin contemplaciones de su predecesor. Y éste sería tan sólo el primer escalón de su fulgurante carrera por los opacos y tortuosos senderos del hampa.

Era ya un destacado delincuente cuando fue detenido por vez primera, juzgado y encarcelado. Pese a su notable madurez como delincuente ante la ley seguía siendo ante todo un joven, circunstancia que aprovechó su abogado -una astuta comadreja que conocía a fondo todos los subterfugios legales- para infundir compasión en el inocente y cándido jurado.

Bien explotada, la triste historia de su vida le permitió pasar por una pobre e inocente víctima de la sociedad a la que se le había privado de la menor posibilidad de poder llevar una vida digna. Poco importaba que centenares, miles de maltratados como él, no se hubieran visto abocados a una carrera criminal como la suya, convirtiéndose pese a todo en ciudadanos honrados; pese a todo el mensaje caló, lo que le permitió salir del trance bien librado, con apenas una condena mínima que le sirvió, eso sí, para doctorarse durante su estancia entre rejas de aquellas disciplinas en las que ya era un aventajado maestro.

Huelga decir que, una vez en libertad, no tardaría en volver a sus antiguas andadas; y aquí es donde acaba tradicionalmente el cuento, o al menos así nos lo contaron, con el antiguo Patito Feo convertido en uno de los más importantes capos del crimen organizado. Según fuentes apócrifas aunque probablemente bien informadas, con el tiempo acabaría trabando amistad con ciertos políticos, con los que al parecer supo entenderse bien, a los que ayudó en sus aspiraciones. Éstos, una vez en el poder, le habrían facilitado la conversión de sus turbios negocios en actividades financieras no sólo lícitas, sino asimismo honorables, lo que le permitió convertirse en una respetada ave de negocios dueña de una de las mayores fortunas del país, parte de la cual invertiría magnánimamente en mecenazgos de todo tipo por los cuales su memoria llegó a ser honrada, incluso después de su muerte, gracias a la fundación que llevaba su nombre.

Cuentan los que le conocieron bien y estuvieron a su lado en los últimos momentos de su vida que, ya en su lecho de muerte, exclamaría justo antes de expirar:

-“Jamás soñé que pudiera haber tanta felicidad allá en los tiempos en que era tan sólo el Patito Feo”.

Y colorín colorado, este cuento se ha acabado con la moraleja de como un humilde nacimiento y una infancia desgraciada pueden ser tan sólo el preámbulo de una majestuosa vida.

PEDRO Y EL LOBO (O PEOR TODAVÍA)

Érase una vez un pequeño pastor llamado Pedro, que cuidaba a sus ovejas en el campo. Y como se aburría viéndolas pastar, se le ocurrió una manera de divertirse gastando una broma a los aldeanos del lugar. Sin pensárselo dos veces, se acercó a los campos donde éstos trabajaban y gritó despavorido:

-¡Socorro! ¡El lobo! ¡Que viene el lobo!

Los lugareños abandonaron inmediatamente sus trabajos y, esgrimiendo los aperos y todo cuanto pudiera ser utilizado como improvisada arma, echaron a correr en auxilio del zagal. Cual sería su sorpresa al descubrir que el ganado pastaba tranquilamente y el terrible lobo no aparecía por ningún lado, tratándose tan sólo de una burla de Pedro. Así pues, se marcharon malhumorados.

Pero a Pedro le había gustado su travesura, por lo que se le ocurrió repetirla. A la mañana siguiente, cuando los labradores se dedicaban pacíficamente a sus quehaceres, volvió a gritar todavía más fuerte:

-¡Socorro! ¡El lobo! ¡Que viene el lobo!

Pese a lo ocurrido la víspera la gente del pueblo, al oír los gritos desesperados de Pedro, volvieron a echar a correr creyendo que en esta ocasión su petición de ayuda era cierta y el lobo, realmente, estaba atacando a sus indefensas ovejas.

Pero no. El lobo no había aparecido tampoco en esta ocasión y Pedro se revolcaba por el suelo riéndose a mandíbula batiente de sus chasqueados vecinos, los cuales se enfadaron tremendamente con el bromista.

Unos días después Pedro volvió con sus ovejas al mismo campo. Todavía se reía de los ingenuos aldeanos cuando descubrió una ominosa figura que ascendía por el sendero bloqueando cualquier posible intento de fuga.

Paralizado por el terror, el imprudente pastor comenzó a pedir ayuda con todas sus fuerzas:

-¡Socorro! ¡Auxilio! ¡Que viene! ¡Que ya está aquí! ¡Que se va a llevar a mis ovejas!

Pero esta vez los aldeanos, escarmentados por sus burlas anteriores, no le hicieron el menor caso y siguieron a lo suyo como si nada hubiera ocurrido. De esta manera, el gran depredador pudo acercarse impunemente hasta donde los pacíficos animales pastaban inconscientes del peligro, sin que Pedro pudiera hacer nada por evitarlo.

Ha pasado algún tiempo desde que Pedro recibiera la visita del inspector de Hacienda. Al pastor, tras haber sido apercibido de que no había hecho ninguna declaración de la renta durante los últimos cinco años -en realidad eran varios más, pero para su fortuna las anteriores habían quedado prescritas-, le habían aplicado una declaración paralela, con los oportunos recargos y multas correspondientes conforme a la legislación vigente. Y, puesto que carecía de suficientes fondos bancarios o bienes raíces para enjugar la cuantiosa deuda, Hacienda se había cobrado en especie incautándole la totalidad del rebaño sin dejarle ni una sola oveja... un trastorno mucho mayor, sin duda, de que le hubiera causado un verdadero *Canis lupus*, se dijo con amargura mientras hacía un hatillo con sus escasos enseres, preparándose para emigrar a Alemania... o a donde pudiera empezar una nueva vida.

CORRECCIÓN POLÍTICA

-Póngase en pie el acusado.

Así lo hizo éste, aunque sus quince centímetros escasos de estatura le impedían, pese a encontrarse sentado en una diminuta silla colocada sobre la mesa del abogado defensor, quedar a la altura del juez.

Su pequeño tamaño no había evitado, no obstante, que su tobillo estuviera amarrado, mediante una fina cadena de reloj, a un remache firmemente clavado en la superficie de la mesa. Era evidente que sus custodios pretendían impedir a toda costa que intentara escabullirse aprovechando cualquier resquicio de la vasta y atiborrada sala.

-Este tribunal, en ejercicio de la autoridad que le ha sido conferida, -recitó con solemnidad el magistrado- ha considerado probados los siguientes cargos contra el acusado:

Hizo una pausa exageradamente teatral y continuó:

-Considerando que el acusado ha venido ejerciendo el liderazgo de su comunidad de forma autoritaria y despótica, imponiendo en todo momento su voluntad al tiempo que abortaba sin contemplaciones cualquier tipo de posible discrepancia.

»Considerando que el acusado ha venido imponiendo a su comunidad un régimen social que los expertos consultados no han dudado en calificar de estalinista, manteniéndola aislada de forma deliberada del resto de la sociedad.

»Considerando que el acusado ha implantado en su comunidad una aberrante estructura social totalmente cerrada y autárquica, con el consiguiente menoscabo de los derechos individuales de todos aquellos sometidos a su dominio.

»Considerando que el acusado ha fomentado de forma deliberada, en el seno de su comunidad, ideas de clara inspiración racista, como lo demuestra el explícito rechazo de sus acólitos a cualquier otro ser humano cuyo color de piel fuera diferente del suyo.

»Considerando que el acusado ha fomentado de forma deliberada, en el seno de su comunidad, un antisemitismo visceral rayano en la ideología nazi, como lo demuestra la persecución continua sufrida por su vecino, de conocida estirpe judía.

»Considerando que el acusado ha imbuido a su comunidad de una misoginia patente violando todas las directrices paritarias, al contar ésta con una única representante femenina frente a varias docenas de varones; asimismo, el acusado ha incurrido en claras prácticas machistas al fomentar en esta única representante femenina unos comportamientos

estereotipados y reprobables claramente discrepantes con la igualdad de géneros establecida por normativa legal.

»Por todo ello, este tribunal que presido ha sentenciado condenar al acusado a una pena de reclusión mayor con carácter perpetuo, sin que se le pueda aplicar en ningún momento eximente alguno o, en su caso, beneficios penitenciarios o indultos de cualquier tipo. En lo que respecta al resto de los miembros de su comunidad, víctimas inocentes de su vesania, éstos quedarán sujetos a tutela judicial, siendo sometidos a un proceso de reeducación social que les permita, en un futuro, poderse convertir en unos ciudadanos responsables y útiles para la sociedad.

»Se levanta la sesión -concluyó, dando un enérgico golpe con el mazo.

Terminada la lectura de la sentencia, el acusado fue introducido en una pequeña jaula acorde con su tamaño y transportado fuera de la sala por un ujier sobre una bandeja metálica. Aunque sumido en sus propios pensamientos, antes de abandonar la sala pudo apreciar como los ojos de su archienemigo, brillantes de odio y de vengativa satisfacción, se clavaban en su diminuta figura.

Gargamel, maldito demonio, finalmente te has salido con la tuya. -suspiró. Pese a lo atribulado de su situación no sentía preocupación por su incierto futuro, sino por el de sus pobres muchachos, privados de liderazgo y a merced de semejante canalla.

* * *

-¿Se sabe ya a dónde me van a mandar? -preguntó Papá Pitufo.

La conversación tenía lugar en el locutorio del penal donde éste estaba recluido, en condición de preso preventivo, desde que fuera detenido. Aunque entre él y su interlocutor, el abogado defensor, se interponía la tradicional mampara, el pequeño prisionero se encontraba encerrado en algo que recordaba a una jaula para pájaros, confeccionada ex profeso con barrotes de acero reforzado y una cerradura de seguridad.

-Sí, claro, eso era evidente desde el principio. -respondió el letrado- Cumplirá su condena en el presidio de Nunca Jamás... -hizo una mueca y bufó- lo cual no deja de ser un sarcasmo, dicho sea de paso. Dichoso nombrecito; alguien, sin duda, se quiso hacer el gracioso jugando al chiste fácil.

-Eso no importa -respondió el pitufo-. El caso es que me envían a una prisión de alta seguridad... un alto honor, sin duda -ironizó.

-En realidad no han hecho ninguna excepción con usted; como bien sabe, es una cárcel construida especialmente para recluir en ella a todos los personajes procedentes del *cómic*, el cine, los dibujos animados o la literatura en general; por eso algún periódico la ha

bautizado con el chistoso nombre de *La cárcel de papel*... aunque de papel no tiene nada. Pero lo cierto es que, desde que empezara la actual caza de brujas, el número de estos reclusos nunca ha dejado de incrementarse; sin duda vivimos malos tiempos para la fantasía y la libre imaginación.

-Y ahora me ha llegado el turno a mí... bien, por lo menos no me aburriré por falta de compañía -la sorna del pequeño prisionero era patente.

-Sí, claro -respondió el abogado-. Allí ya se encuentran varios presos famosos: Tintín, el Guerrero del Antifaz, Roberto Alcázar y Pedrín, el Coyote del Correcaminos, Jerry de Tom y Jerry, las familias Simpson y Griffin al completo, los lobos feroces de varios cuentos infantiles, otras tantas brujas y madrastras, algún que otro ogro, Sauron y Voldemort... y es probable que en el futuro den con sus huesos allí varios superhéroes que ahora mismo están siendo investigados bajo sospecha de ser reos de racismo, homofobia, machismo o, en general, cualquier tipo de infracción de la recién promulgada *Ley fundamental de la corrección política*. ¡Si hasta a Sandokán y al Corsario Negro les han llegado a acusar de ser extremada e innecesariamente violentos!

-¿Y pretenden hacerlo con carácter retroactivo? Muchos, si no todos, de estos personajes ya existían desde mucho antes de que esa ley fuera sancionada. ¿No es eso anticonstitucional?

-Sus defensores alegan que, al tratarse de personajes... hum, imaginarios -el abogado miró de soslayo a su cliente, que aparecía bien real encerrado en la pequeña jaulita- el principio legal de la no retroactividad no era aplicable, dado que pese a la aplicación de la censura en todas las nuevas ediciones, y de las purgas de las antiguas, no resulta posible impedir por completo que la gente siga viendo, o leyendo, antiguas películas, *cómics* o libros sin expurgar. Es por ello por lo que quieren arrancar, según dicen, todas las malas hierbas de raíz.

-Total, que dentro de poco veo haciéndome compañía a personajes tales como don Juan Tenorio, Tom Sawyer, mister Hyde, Dorian Gray, Peter Pan, madame Bovary o Ignatius J. Reilly... junto con buena parte de lo más granado de la literatura universal.

-De momento todavía no han empezado con ese tipo de literatura, ya que alegan que, aunque completamente desaconsejada dada su reprobable catadura moral, al fin y al cabo sólo la leen cuatro gatos... por ahora prefieren centrarse en lo que ellos consideran más popular, básicamente el cine y los *cómics*; que se lo digan a Torrente, que fue uno de los primeros en aparecer por allí. Pero si esta locura continúa adelante, como todas las apariencias indican, me temo que ni los más afamados personajes literarios acabarán estando a salvo, ni tan siquiera los pícaros españoles, los protagonistas de las obras de Shakespeare o los dioses de la antigua mitología griega... una locura, una auténtica locura - se lamentó el abogado.

-Pero las nuevas generaciones saldrán políticamente correctas... -apostilló con sarcasmo Papá Pitufo- además de completamente imbéciles.

-Señores, lo siento, el tiempo de la visita ha terminado. -les interrumpió un vigilante de aspecto estólido salido del vecino cuerpo de guardia.

-¡Ah, y usted! -gruñó dirigiéndose al prisionero- ¡Que sepa que siempre deseé que Gargamel le venciera alguna vez, ya estaba bien que el pobre hombre saliera siempre perdiendo! ¡Ya era hora! -concluyó, con una expresión de bovina satisfacción dibujada en su vulgar rostro.

Ambos, abogado y pitufo, se dirigieron una mirada de mutua resignación. Bienvenidos al nuevo mundo de la corrección política, parecieron decirse mutuamente en su mudo y común lenguaje.

SÍNDROME DE DIÓGENES

-Discúlpeme si le resulto brusco, señor Pérez, pero prefiero hablarle con toda sinceridad -el psiquiatra adoptó su mejor pose profesional y continuó-. Usted padece el síndrome de Diógenes en su grado más elevado, y cuanto antes lo admita mayores posibilidades de curación habrá.

-Yo... -el aludido se rebulló inquieto en su asiento- yo nunca he creído que pudiera tener ese problema.

“Como todos los que han pasado por aquí” -se dijo el médico para su colete. Y recurriendo a todas sus dotes de persuasión, explicó:

-Eso es normal en los casos como el suyo, tenga usted en cuenta que los... -estuvo a punto de decir enfermos- pacientes no suelen ser conscientes de ello. De ahí mi interés en que lo asuma.

-Pero...

-Lo siento, pero las pruebas son concluyentes. ¿Sabe usted cuántos camiones de... - evitó decir la palabra basura- cosas acumuladas por usted hubo que sacar de su domicilio? Y luego hubo que fumigarlo, porque las condiciones higiénicas en las que usted vivía no podían ser más precarias, a la par que potencialmente peligrosas. Sus vecinos, señor Pérez, estaban hartos de poner denuncias, y hasta sus propios familiares...

-¡No me hable de esos buitres! -le interrumpió el hasta entonces tranquilo paciente con ademán furibundo- ¡Pensar que los de mi propia sangre son los que quieren expoliar mis bienes!

-Permítame que le corrija, no es precisamente así. En realidad lo que sus familiares denunciaron era que usted estaba dilapidando de forma indiscriminada su patrimonio a cambio de... lo que guardaba en su domicilio.

-Sí, por eso me pusieron una denuncia porque según ellos les estaba privando de su herencia... como si el dinero no fuese mío, y yo no fuera libre de gastármelo como mejor me parezca. Si ellos quieren dinero que trabajen y se lo ganen, en vez de esperar a que yo me muera para embolsarse mis ahorros.

-Bien -suspiró el psiquiatra-, yo no soy abogado y apenas entiendo de leyes, así que poco puedo decir al respecto. Lo que sí sé es que el juez estimó su reclamación y me hizo llegar una orden que, como médico y como ciudadano, me veo obligado a cumplir. Por otro

lado, no fui yo quien ordenó que se desalojara su domicilio y se le trajera a usted aquí, sino el propio juez.

-En el fondo todos son iguales -rezongó el aludido-. Y para el caso es lo mismo; me han despojado de todos mis bienes y me tienen aquí retenido en contra de mi voluntad.

-No se le ha despojado de nada, señor Pérez, simplemente se ha limpiado su domicilio de todo lo que no podía estar allí y se han puesto en custodia sus bienes hasta que se determine que usted está curado de su afección, eso es todo.

-Ya, y mientras tanto me encierran en un manicomio -el presunto enfermo hizo caso omiso del gesto de desagrado del galeno- donde a saber hasta cuando me mantendrán encerrado. Quizá para siempre.

-Señor Pérez, permítame que le recuerde que los manicomios hace ya mucho tiempo que desaparecieron, usted estará ingresado en una clínica mental tan sólo el tiempo que sea estrictamente necesario; nada diferente a lo que le hubiera ocurrido de ser víctima de una apendicitis o de cualquier otra afección que requiriera hospitalización.

-¡Pero yo tengo una tarea que realizar! ¡La ilusión de muchos niños depende de mí!

-Seamos sinceros -el psiquiatra se permitió abrir la espita de su sarcasmo-. Admito que en el pasado pudiera ser así, pero mucho me temo que su loable misión hace ya tiempo que pertenece al pasado; las nuevas generaciones han cambiado mucho en sus gustos y en sus hábitos, y se lo digo yo que tengo en casa -suspiró- a dos adolescentes que no paran de darme guerra. Y si ni tan siquiera yo soy capaz de entenderlos y controlarlos... -suspiró resignado.

-No pienso lo mismo -objetó Pérez con tozudez.

-Eso es algo que forma parte de todo lo que tendrá que asimilar usted para poder lograr su curación. ¿Usted se cree que a los chavales de ahora les importa algo su tarea? Es más, ¿cree que tan siquiera le conocen? Ahora los chicos se preocupan por cosas muy distintas, desde los videojuegos hasta las redes sociales, y en cuanto crecen un poco pasan absolutamente de todo lo que pudiera haber interesado a sus padres o a sus abuelos. Así de sencillo, nos guste o no.

-Pero se les seguirán cayendo los dientes...

-Por supuesto, pero por mucho que usted se empeñe en seguirlos recogiendo, dejándoles a cambio una moneda con la que no se podrán comprar ni tan siquiera unas chucherías tal como está la vida, no va a conseguir ni que se lo agradezcan, tal como se han vuelto de egoístas, ni tan siquiera que lo reconozcan. Y tiene suerte de que el cambio siempre lo hacía cuando estaban dormidos, porque de no ser así seguro que incluso le

recriminarían que les diera tan poco dinero. Usted no sabe como las gastan los chicos de ahora.

-Y mi colección de dientes... me han privado ustedes de una labor de muchos años - reprochó Pérez.

-La mayoría estaban podridos y eran una fuente potencial de enfermedades y epidemias, si no de cosas peores; reconozca usted que una madriguera no era el mejor sitio para conservarlos. Además, ¿para qué los quería conservar? ¿No hubiera sido mejor desprenderse de ellos una vez cambiados por las monedas?

-¿Usted nunca ha sido coleccionista? Le resultará difícil entenderlo si no comparte esta pasión. Y ahora, si no me dejan seguir con mi tarea ni tampoco disfrutar con mi colección, ¿qué va a ser de mí? Me han dejado ustedes sin la razón de mi vida.

-Eso es algo que tendremos que resolver de forma conjunta, ya que forma parte de su proceso de curación. Usted es inteligente y cuenta con una gran experiencia, así que no dudo de que podamos encontrar algo. Que se vea obligado a empezar una nueva vida no quiere decir que ésta vaya a ser menos satisfactoria que la anterior. Ya verá como lo solucionamos -concluyó.

-Si usted lo dice... -respondió el roedor con resignación- En fin, me temo que tampoco me queda otra alternativa. Si me lo permite, desearía retirarme; la verdad es que estoy cansado.

Y ante el mudo asentimiento de su custodio se levantó de su minúscula silla y renqueando -tantos años de frenético trabajo le habían pasado factura a su frágil cuerpecillo- cruzó la mesa del despacho, introduciéndose en una jaulita que había allí preparada. El mudo celador, que hasta entonces había permanecido inmóvil en un rincón, se acercó, cerró la puerta de la jaula y, cogiéndola con cuidado por el asa superior, marchó con ella saliendo al pasillo.

-Otra tradición menos -se lamentó el psiquiatra, que cuando no se encontraba frente a sus pacientes se permitía el lujo de volver a ser humano-. ¿No estaremos pagando un precio demasiado alto por el progreso? -se preguntó, al tiempo que agitaba dubitativo la cabeza.

ERROR FATAL

-Siéntese.

El tono glacial de la invitación dejaba pocas dudas del estado de ánimo del comisario. La interpelada, una mujer entrada en años de aspecto más bien tirando a insignificante, obedeció en silencio acomodándose en el borde de la silla como si fuera un pollito. Era evidente que la situación la amedrentaba.

-Y bien -le reprochó el policía, tomando la iniciativa al ver que ésta no despegaba los labios-. ¿Es usted realmente consciente de la magnitud de lo que ha hecho?

La respuesta fue un encogimiento de los escuálidos hombros.

-Está bien -continuó el agente, incómodo con el monólogo-. Ya que usted no quiere hablar, hablaré yo.

Y, quizá más para él que para la detenida, inició la perorata.

-¿Sabe? Aunque a mí nunca me han gustado los animales, entiendo que quien decide tener una mascota deberá asumirlo con todas sus consecuencias; me parece una canallada maltratar a un animal indefenso, y tanto me da que ese maltrato sea físico como que se trate de un abandono o simplemente de un mal cuidado. A nadie le obligan a tener un animal en casa, pero si lo tiene está obligado a atenderlo.

»Pero -continuó con severidad- lo mismo que digo una cosa, digo la otra; si malo es maltratar a un animal por acción o por omisión, no es mejor tratarlo de una forma exagerada, no como el animal que es sino como si fuera una persona... o un niño, defecto en el que suelen caer muchas mujeres maduras como usted. ¿Me comprende?

Claro que le comprendía. Precisamente por eso era por lo que estaba ella allí. Asintió con la cabeza y clavó firmemente la vista en su regazo.

-Hay incluso quienes tratan mejor a los animales que a las personas -se ensañó el policía-. Ya sabe, esos que le dan de comer solomillo a su perrito o a su gatito mientras la gente anda rebuscando restos de comida en los cubos de la basura. Pero bueno -suspiró-, no se trata de nada ilegal y por lo tanto no es mi obligación perseguirlo, con independencia de que pueda resultarme repugnante. No, no es por eso por lo que está usted aquí.

-¿Entonces? -habló por vez primera la mujer con un hilo de voz.

-En lo que a mi responsabilidad profesional compete, es usted muy libre de alimentar a sus bichos con caviar y angulas, o de tratarlos como si fueran sus hijos -le espetó con

brutalidad-. Pero lo que hizo es ya harina de otro costal, no por su importancia en sí ya que no dejaba de ser una completa estupidez, sino por las consecuencias que acarreó y que usted debería haber previsto.

-Yo... -balbuceó la acusada- yo no sabía... yo no quería hacer ningún mal a nadie.

-Por supuesto; ni se me ha pasado por la imaginación que usted fuera una criminal -respondió su interlocutor con un esbozo de compasión-. Pero el caso es que lo hizo. Y mucho, además.

La interpelada volvió a sumirse en el silencio. El policía, sin poder evitar sentir lástima por ella, se vio obligado a continuar.

-Vamos a ver -concedió-. Puedo entender que usted tratara a sus mascotas como si fueran sus hijos; por aberrante que pueda parecer, mucha gente lo hace. Puedo entender, incluso, que cometiera con ellos todo tipo de extravagancias insólitas incluso tratándose de niños.

Hizo una pausa y, tras lanzar una mirada de conmiseración a la abatida mujer, remachó:

-Pero, ¿a quién se le ocurre la idea de llamar al Ratón Pérez?

-Es que se le había caído un colmillo... -musitó ella, avergonzada.

-¡Como si se le cae toda la dentadura! Era un gato, y todo el mundo sabe que a los gatos les gusta cazar ratones. ¿No cayó usted en la cuenta de este *pequeño* -enfaticó el adjetivo- detalle?

-Pero es que Zipi era tan bueno... jamás me había dado el menor disgusto. No arañaba a nadie, no bufaba... Y yo quise darle una sorpresa.

-Pues vaya si se la dio. El pobre ratón acudió a su cita, como hacía siempre, ignorante por completo de lo que le aguardaba. Tropezó con su gato y... bueno, pasó lo que tenía que pasar cuando hay instintos animales por medio. En consecuencia, ahora ya no tenemos Ratón Pérez, lo que ha ocasionado un grave quebranto a millones de niños. Y a sus padres, claro.

-Algo se podrá hacer...

-¿El qué? ¿Buscar un sustituto? Eso ya se está intentando, pero mucho me temo que no resultará nada fácil, por más esfuerzos que se estén haciendo. El Ratón Pérez era un caso único en su especie, una rara mutación de la que no se conocen más casos. Así pues, lo más probable es que esta entrañable tradición se haya perdido para siempre. Y todo, por culpa suya. Aunque el proceso civil lo tiene ya garantizado, si al final consigue librarse de una

acusación de homicidio involuntario, como pretende el fiscal, será tan sólo porque los juristas no logran ponerse de acuerdo sobre si se puede aplicar este concepto legal a la muerte de un roedor, por muy excepcional que éste pudiera resultar.

-¿Qué va a ser de mí? -imploró la acusada retorciéndose las manos.

-No se lo puedo decir; mi tarea se limita a detenerla, a poner en su conocimiento de que se la acusa, y a ponerla a disposición judicial. Ya he cumplido con los dos primeros puntos, tan sólo me queda el tercero. Así pues, si quiere saber algo antes de que la enviemos al juzgado...

-No, no quiero nada. Pero si me encarcelan... ¿qué va a ser de mis pobres animales?

-No se preocupe por ello, señora. En primer lugar, no sabemos si el juez decretará o no su ingreso en prisión, y aun cuando fuera así, ya se arbitraría una solución para que sus mascotas no queden desamparadas. Ahora, si es tan amable... -dijo por terminada la conversación, levantándose de su asiento.

“Y tiene suerte de que el juez de guardia no tenga hijos pequeños” -añadió para sí mientras acompañaba a la detenida fuera de su despacho.

ENFERMEDAD INCURABLE

-Lo lamento infinito, señor Pinocho, pero me temo que no puedo hacer nada por usted.

El médico, intentando demostrar que era sincero, abrió sus manos mostrando las palmas y continuó, a modo de débil justificación:

-Por supuesto puede consultar a otros colegas, es mi obligación advertirle que sus respuestas, con toda seguridad, serán similares a las mías. Por desgracia, la ciencia médica no puede hacer nada en un caso como el suyo.

-Entonces -respondió la marioneta con su tímida y aflautada voz-, ¿qué puedo hacer, si es que se puede hacer algo?

-Yo le recomendaría que se pasara por una droguería, o por una tienda de bricolaje, y probara a comprar un producto anticarcoma. Probablemente será más efectivo que cualquier cosa que le pudiera recetar yo, aunque no le puedo garantizar nada acerca de los posibles efectos secundarios en su organismo. No obstante -vaciló-, dada la alternativa pienso que usted tiene muy poco que perder intentándolo.

Dicho lo cual se despidió de su singular paciente, el cual se marchó de la consulta con gesto cariacontecido.

-¡Hay que ver, con lo que tiene uno que bregar! -dijo para sí el galeno al tiempo que se disponía a recibir a su siguiente paciente.

LA FE TE SALVARÁ

El Tercer Cerdito estaba muy asustado. Aunque a diferencia de sus dos hermanos, víctimas de su imprudencia, él había logrado salvarse de las fauces del Lobo Feroz gracias a la solidez de su casa de ladrillo, sabía que la terrorífica fiera no había cejado en su empeño y acechaba escondido a la espera de que tarde o temprano se viera obligado a abandonar su refugio.

Por desgracia pronto tendría que hacerlo, ya que las provisiones que previsoramente había acopiado estaban llegando a su fin. Pronto tendría que salir en busca de más comida, lo que le abocaría al peligro de tener que enfrentarse a su encarnizado perseguidor.

Y el momento llegó. Cuando el hambre que sentía comenzó a ser intolerable, el Tercer Cerdito no tuvo otro remedio que escabullirse sigilosamente hasta la ciudad, en cuyo mercado podría comprar los víveres que necesitaba. Confiaba en poder pillar desprevenido a Lobo, al fin y al cabo él también tenía sus necesidades y no podría mantener una vigilancia continua durante las veinticuatro horas del día; incluso cabía la posibilidad de que hubiera renunciado de forma definitiva a capturar una presa tan esquiva. Quizá tuviera suerte...

Pero no la tuvo. Al salvar una revuelta del camino en la que los ribazos impedían la visión del terreno situado tras ellos, sin duda el lugar más adecuado para tender una emboscada, se dio inopinadamente de bruces con su mortal enemigo. Sabiéndose sentenciado, renunció a una inútil huida resignándose a padecer el final que le había deparado el destino.

Para su sorpresa la fiera no se abalanzó sobre él tal como esperaba, limitándose a saludarle con una solemne reverencia al tiempo que sus fauces esbozaban una espantosa mueca que pretendía ser el remedo de una sonrisa.

-Salud, hermano -fue su insospechado saludo-. Que la bondad de Dios esté siempre contigo.

-Yo... tú... -el atribulado gorrino, paralizado por el terror, era incapaz de articular palabras.

-Perdóname si te he asustado, te aseguro que no era esa mi intención -le tranquilizó el Lobo-. Y no te preocupes, no pienso devorarte ni hacerte el menor daño.

Y viendo que su indefenso interlocutor seguía sin reaccionar, explicó:

-Yo ya no soy la bestia feroz que era antes; tuve la fortuna de descubrir el camino hacia Dios, y me he transformado en alguien mucho mejor. Desde entonces he renunciado a hacer el mal y, entre otras muchas cosas perversas, a vicios infames tales como beber alcohol o comer carne de cerdo.

-Te... te felicito... -logró tartamudear al fin y presunta víctima-. Yo... yo tenía algo de prisa, he de llegar al mercado antes de que cierren... así que si eres tan amable...

-Por supuesto, hermano, por supuesto -respondió amablemente el Lobo haciéndose a un lado para dejarle el paso franco-. No te entretengo más, sólo quería saludarte, darte la buena nueva de mi conversión y manifestarte mi pesar por lo que les hice a tus dos pobres hermanos. Te aseguro que estoy muy arrepentido de habérmelos comido -concluyó en tono plañidero.

-Es... está bien, acepto tus disculpas. Hasta luego -se despidió el Cerdito procurando poner tierra por medio lo antes posible, no fuera a ser que el Lobo cambiara repentinamente de opinión. Pero éste no lo hizo, limitándose a ver cómo se perdía en la distancia antes de encaminarse a su cubil.

Varias horas más tarde, y ya más calmado, el Cerdito volvía a su casa cargado con el voluminoso paquete en el que llevaba las viandas que acababa de comprar. Para su alivio no volvió a encontrarse con su antiguo enemigo, pero al pasar junto a la boca de la madriguera donde habitaba Bugs Bunny no pudo evitar pensar con malicia que, para desgracia de su vecino, todavía no conocía ninguna religión que prohibiera a sus adeptos comer carne de conejo.

LA VERDADERA HISTORIA DEL FLAUTISTA DE HAMELIN

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que vi al Flautista cuando di con él en un tugurio de mala muerte de una ciudad cuyo nombre he olvidado. Pese a nuestra antigua amistad jamás llegué a saber su nombre real ya era conocido por todos por el apelativo de su profesión, al igual que yo respondía por el apodo de... bueno, dejémoslo, esto es algo que no tiene la menor importancia.

Yo pasaba entonces por una buena racha, estaba contento y al descubrir la inconfundible figura de mi larguirucho amigo corrí a saludarle. Él, que estaba sentado de espaldas en un taburete, se dio la vuelta y me devolvió el saludo con un gesto tal de tristeza que no tuvo por menos que helarme el corazón. Así pues, tras arrastrarlo a un reservado y obligarle a cambiar el brebaje que estaba bebiendo por lo menos malo había en la taberna, le insté a que se sincerara conmigo.

Tras una inicial resistencia mientras pugnaba su amor propio con su necesidad de desahogarse con alguien, finalmente triunfó esta última y mi amigo comenzó a relatarme sus cuitas. He de anticipar que, tal como su apelativo indicaba, mi amigo era músico, si bien ejercía su profesión de una manera bastante peculiar ya que había descubierto un uso para su instrumento tan poco convencional como lucrativo. Fingiendo ser un exterminador de plagas iba de pueblo en pueblo ofreciendo sus servicios para erradicar las plagas de roedores y de otras alimañas que solían traer de coronilla a sus habitantes; y realmente lo conseguía gracias a un don especial merced al cual, sirviéndose de las melodías que entonaba con su flauta, lograba atraer a estos animales que, hipnotizados por la música, le seguían como corderillos, siéndole fácil arrastrarlos hasta algún río o algún despeñadero cercano en el que todos ellos se inmolaban.

Era éste un trabajo honrado y sumamente beneficioso para los lugareños, pero decepcionado mi amigo por los magros beneficios que le rendía -entre sorbo y sorbo no dejaba de rezongar acerca de la cicatería de los aldeanos a la hora de recompensarle por sus servicios-, acabó urdiendo un plan para arrancar de sus codiciosas bolsas las monedas que en justicia le correspondían y que de tan miserable forma le negaban esgrimiendo excusas tan falsas como que la cosecha había sido muy mala, que los impuestos les comían todo lo que ganaban y otras falacias por el estilo.

Así pues, cambió de estrategia. Una vez erradicada la plaga, en vez de solicitar un pago razonable que indefectiblemente le era regateado por sus cachazudos clientes, optó por pedir unas cantidades exorbitadas buscando lograr no un regateo, sino una rotunda negativa por parte de los mezquinos agricultores. Simulaba entonces marcharse del pueblo sin cobrar un chavo y con el rabo entre las piernas, a veces incluso bajo amenazas de recibir

una paliza si osaba volver a aparecer por allí; pero se trataba tan sólo de un fingimiento necesario para llevar a cabo la segunda parte de su plan.

Una vez llegada la noche, cuando ya todos dormían, volvía al pueblo y, tomando su flauta, entonaba una melodía diferente de la empleada para atraer a las alimañas, la cual tenía la facultad de resultar un reclamo irresistible para todos los niños de la aldea al tiempo que sumía a los adultos en un profundo sopor que les impedía descubrir las maquinaciones del audaz secuestrador. Llevando tras de sí a los tiernos infantes los escondía en un lugar seguro que había preparado previamente -pese a mi curiosidad rehusó darme detalles- y, tras dejar pasar el tiempo suficiente para que los atribulados padres fueran conscientes del raptó, volvía al pueblo ofreciéndoles el retorno de los niños a cambio de una recompensa que acostumbraba ser el doble o más, según la opulencia del lugar, de la cantidad pedida inicialmente. Si los burlados aldeanos aceptaban él cumplía con su compromiso y les devolvía a sus hijos sanos y salvos. Pero si, cegados por la avaricia, seguían rehusando pagar... bien, él conocía otras maneras alternativas de dar salida a la mercancía con un razonable beneficio, con lo cual nunca perdía.

Si piensan que me escandalizaron las maquinaciones del Flautista están equivocados; cada cual intenta buscarse la vida como buenamente puede, y cuando naces pobre y sabes que tu destino es vivir como un perro apaleado y morir pobre y desamparado, es inevitable que tu concepto de la frontera entre el bien y el mal se diluya bastante. Yo no he sido nunca un angelito a la hora de luchar por mi supervivencia, por lo que valoré bastante más la astucia de mi amigo que unas leyes hipócritas redactadas a medida de los intereses de los que mandaban.

Por ello, una vez terminado su relato le felicité efusivamente por su ingenio y por su mágica habilidad musical. Él me lo agradeció con una triste sonrisa, respondiéndome que si bien en un principio su industria le había rendido pingües beneficios, más adelante cambiaron las tornas hasta el punto de resultarle imposible continuar con su plan. Gracias al dinero ganado pudo vivir decorosamente durante un tiempo, pero en el momento en el que yo le encontré se hallaba completamente arruinado y sin perspectivas de que su futuro pudiera mejorar.

Sorprendido, le pregunté los motivos por los que su flauta mágica ya no le funcionaba.

-¿Por qué va a ser? -exclamó airado-. La culpa la tienen los malditos teléfonos móviles, las tabletas, las videoconsolas y los demás aparatos del infierno. Los chicos de ahora están tan obnubilados con los videojuegos, las redes sociales o las mensajerías que no prestan la menor atención a ninguna otra cosa, incluyendo mi flauta. Estoy desesperado, y no sé qué hacer.

Intenté consolarle, pero sirvió de poco. Mis conocimientos del tema eran bastante limitados, de hecho utilizo el teléfono móvil tan sólo para hablar y jamás he entrado en las

redes sociales por parecerme una pérdida absurda de tiempo, razón por la que no me resultaba fácil aconsejarle. Pero algo había leído al respecto, y gracias a Caco de repente me vino la inspiración.

-Oye -le dije-, ¿por qué no te olvidas de ir de pueblo en pueblo como alma en pena y te dedicas a hacer lo mismo, o parecido, vía internet? No sé, puedes abrir un blog, un perfil en las redes sociales, un canal en YouTube...

-Me temo que para mí es demasiado tarde -suspiró-. Pero te agradezco tu amistad y tu interés, y nunca olvidaré tu apoyo.

Tras lo cual, dándome un abrazo, se despidió de mí abandonando el local. De nuevo le perdí el rastro, principalmente porque tuve mala suerte en uno de mis negocios viéndome obligado a aceptar durante una temporada la hospitalidad forzada que me otorgó el gobierno. Cuando tras varios años y un día estuve libre de nuevo, me encontré con demasiado tiempo libre y sin grandes cosas que hacer, al no atreverme a reanudar mis actividades productivas hasta que no se calmaran un tanto las aguas y la policía se olvidara definitivamente de mi insignificante persona. Por fortuna, había sido previsor y contaba con suficientes ahorros guardados en un lugar seguro.

Así pues, decidí matar el ocio navegando por internet. Me compré un ordenador nuevo y, tras familiarizarme con la apabullante oferta informativa, comencé a estudiar la manera de diversificar mis fuentes de financiación aprovechándome de estas nuevas herramientas. Aunque, claro está, también lo hacía por puro divertimento; siempre he sido curioso, y la ventana que la red me abría al mundo era demasiado golosa como para desperdiciarla.

Fue por casualidad como encontré el rastro de mi amigo el Flautista. Resultó que, mientras yo estaba alejado del mundanal ruido, él había seguido mi consejo de forma provechosa, convirtiéndose en un *youtuber* y un *bloguero* de éxito sobre todo entre los preadolescentes y adolescentes, que le adoraban. Algunos medios de comunicación le ponían como ejemplo de adaptación a las nuevas tecnologías, añadiendo que era uno de los pocos privilegiados que habían conseguido obtener pingües beneficios de ello. Vamos, que se había hecho rico gracias precisamente a lo mismo que a punto estuvo de arruinarle.

Me alegró, por supuesto, verle convertido en un triunfador, aunque he de reconocer que no pude evitar sentir ciertas punzadas de envidia. Y si bien en un principio pensé escribirle un correo electrónico felicitándolo, finalmente renuncié a ello ya que lo último que deseaba era que pudiera pensar que le pedía ayuda justo en uno de los momentos más bajos de mi carrera; y es que uno tiene su orgullo.

Eso sí, he decidido aprender a tocar algún instrumento. Por si acaso.

LA VERDADERA HISTORIA DE LA CASITA DE CHOCOLATE

Hansel y Gretel llevaban dos días perdidos en el bosque. No sabían como volver a casa, y los pobres niños estaban cansados y hambrientos. Repentinamente atisbaron una casita en mitad de un pequeño claro. Se acercaron a ella con la intención de pedir ayuda y, cual no sería su sorpresa, descubrieron que ésta tenía las paredes de chocolate, la puerta de bizcocho, el tejado de turrón y los cristales de las ventanas de caramelo. A ambos lados del sendero que conducía hacia ella los matorrales estaban repletos de gominolas, y dos pequeñas fuentes manaban, respectivamente, refrescos de cola y de naranja.

-¡Mira qué bien! -exclamó Hansel-. Aquí podremos saciar el hambre y la sed. Yo probaré el tejado y tú, Gretel, el quicio de esa ventana.

Y ambos se pusieron a comer con fruición semejante golosina, alternándola con puñados de gominolas y tragos de refresco.

Habían devorado ya una teja de turrón el niño y medio ladrillo de chocolate la niña, cuando de repente se abrió la puerta y salió de ella una vieja muy fea con aspecto de bruja y ataviada con una blanca bata de médico, la cual les saludó afectuosamente diciéndoles:

-Hola, pequeños, ¿os gusta mi casa? Entrad dentro, donde tengo muchos más dulces y caramelos para vosotros.

Así lo hicieron los niños, pero cuando estuvieron dentro vieron como la vieja atrancaba la puerta y reía con estrépito, al tiempo que les decía:

-¡Ya sois míos, pícaros ladronzuelos, y no escaparéis de mí! ¿Acaso no os habían dicho nunca que es muy malo comer dulces? Pican los dientes, engordan y os hacen correr el riesgo de convertirlos en diabéticos o de sufrir, cuando seáis adultos, enfermedades tan graves como el cáncer o los accidentes cardiovasculares. Pero no, por mucho que se os advierta, vosotros seguís empeñados en comer dulces y más dulces sin ningún reparo... pues bien, ahora vais a recibir el castigo que os merecéis por vuestra negligencia.

Y cogiéndolos a cada uno por un brazo los arrastró hasta el fondo de la casita, que por dentro no era de chocolate ni de ningún otro tipo de golosina, y los encerró en dos pequeñas jaulas contiguas.

-¿Sabéis lo que voy a hacer con vosotros? -rió con voz estruendosa-. Pues os voy a utilizar como cobayas para un ensayo clínico con el que pienso demostrar los beneficios para la salud de una dieta a base exclusivamente de acelgas. Acelgas y agua, eso es todo lo que comeréis y beberéis sin salir jamás de esas jaulas. Mientras tanto, y para controlar el experimento, os extraeré sangre y otros líquidos tres veces al día con esta jeringa -les enseñó el instrumento con su sarmentosa mano, el cual estaba provisto de una amenazadora

aguja-. ¡Sí! -rió-. Tened por seguro que vais a sufrir muchos pinchazos y vais a tener que comer muchas acelgas para que yo pueda publicar la investigación que me convertirá en la dietista más famosa del mundo. ¡Seré rica, saldré en televisión y venderé montones de libros con la dieta de la acelga!

Y volvió a soltar otra escalofriante carcajada antes de ponerse a manipular unos extraños aparatos que tenía instalados en la pared opuesta.

Aunque los dos hermanos no habían entendido lo de ser cobayas -¿no eran unos animalitos que vendían en las tiendas de mascotas?- ni lo del ensayo clínico, estaban aterrados tanto por las acelgas como por las inyecciones, y ya se veían encerrados allí de por vida sin poder volver a disfrutar de las ricas comidas que les preparaba su mamá. Pero ambos eran ingeniosos pese a su corta edad, y pronto comenzaron a cuchichear entre ellos - la vieja era bastante sorda- buscando la manera de poder escapar.

Así, cuando varias horas más tarde la bruja les llevó un plato de acelgas hervidas a cada uno, fingieron comérselas -era también cegata- tirándolas en un rincón de la jaula antes de devolverle los platos vacíos.

-¡Vaya con los rapaces! -exclamó sorprendida su aprehensora, sin apercibirse del engaño-. ¡Si ahora va a resultar que hasta les gustan...! Bien, pasaremos entonces a las extracciones de sangre.

Y acercándose a la jaula de Hansel empuñando la amenazadora jeringa, le ordenó:

-¡A ver, niño, saca el brazo por los barrotes, para que te pueda pinchar!

Obedeció Hansel pero, confiando en la cortedad de vista de la bruja, lo que le ofreció en vez del brazo fue una rama seca que había encontrado tirada en el suelo. Ésta la asió con la mano libre y la palpó en busca de una vena, al tiempo que rezongaba:

-¡Pues sí que estás esquelético! Debería haberte dejado comer más golosinas antes de encerrarte.

Y ante la imposibilidad de encontrar el lugar adecuado para clavar la aguja se dirigió a la otra jaula y, abriéndola, ordenó a Gretel:

-A ver, niña, sal de ahí y ayúdame a buscar la vena en el brazo de tu hermano.

Abandonó su encierro la pequeña pero, lejos de hacer lo que ésta le pedía, salió corriendo hasta el fondo del laboratorio y una vez allí, antes de que la bruja pudiera impedirlo, comenzó a golpear los delicados instrumentos con una barra de hierro que cogió de la pared.

-¡Qué haces, insensata! ¡Detente! -exclamó furiosa la bruja al oír el estrépito y ver, pese a ser sorda y cegata, los fogonazos y los estallidos que comenzaban a brotar de los aparatos-. ¡Vas a destruir la labor de toda mi vida!

Y olvidándose de Hansel y de la jeringa corrió a apagar el incendio. Pero ya era demasiado tarde; las llamas habían prendido en el laboratorio y no había fuerza humana capaz de impedirlo. Desesperada la bruja intentó sofocarlo con su propia bata, sin lograr más que ser devorada por el fuego.

Mientras tanto Gretel, aprovechando su distracción, volvió sobre sus pasos cogiendo el manojito de llaves que había quedado puesto en la cerradura de su jaula y, tras abrir la de su hermano y el cerrojo de la puerta de entrada, ambos salieron corriendo de la casita de chocolate justo a tiempo antes de que ésta se convirtiera en un horno. Una vez fuera corrieron y corrieron quedándose sin aliento hasta que, tras salir a un camino que atravesaba el bosque, se sentaron a descansar en el lindero.

-¡De buena nos hemos librado, eh, Gretel! -dijo Hansel a su hermana-. Ya me veía comiendo acelgas toda mi vida -concluyó con una mueca de asco.

-Le faltó poco -corroboró su hermana-. Pero, ¿qué es eso que llevas ahí?

-¿El qué, esta caja? -respondió, fijándose en el objeto que llevaba en la mano-. No lo sé, estaba en una mesita junto a la entrada, y la cogí al salir porque me pareció bonita... la verdad es que con las prisas ni me acordaba de ella. ¿Qué tendrá dentro?

Tras forcejear con el cierre consiguió abrirla, descubriendo en su interior unos documentos que no supo identificar: varias patentes, títulos de propiedad, acciones en diversas empresas, resguardos de cuentas bancarias...

-¡Uf, sólo son papeles viejos! -exclamó con disgusto al tiempo que hacía ademán de tirarlos-. Más nos hubiera valido llenarnos los bolsillos con gominolas, por lo menos habríamos podido comérmolas.

-¡Espera, no los tires todavía! -le interrumpió Gretel-. Vamos a llevarlos a casa, quizá papá o mamá los puedan entender. Y si no, siempre servirán para encender la chimenea.

-Está bien -rezongó su hermano volviendo a cerrar la caja-. Pero a ver como nos las apañamos para volver a casa, no tengo ni idea de hacia donde conduce este camino.

Por suerte para ellos, un aldeano montado en un burro acababa de doblar un recodo del camino.

LA VERDADERA HISTORIA DE LA GALLINA DE LOS HUEVOS DE ORO

Érase una vez una gallina que un día comenzó a poner huevos de oro. Su dueño, conocedor de la fábula, evitó incurrir en la avaricia de su protagonista y, lejos de matarla intentando obtener el oro que presuntamente albergaba en sus entrañas, la cuidó con mimo alimentándola con el mejor pienso, temeroso de que enfermara y dejara de ponerlos. Gracias a sus cuidados la gallina vivía lozana y feliz y, para satisfacción de su precavido dueño, seguía poniendo sus dorados tesoros que éste vendía discretamente, produciéndole unas ganancias extras que le habían venido muy bien en los difíciles tiempos que por entonces corrían.

Mas un buen día llamaron a la puerta de su casa y, cuando el ufano granjero la abrió, se encontró cara a cara con la torva figura de un hombre vestido de negro que se identificó como inspector de Hacienda. Sacando unos documentos de su negro maletín el visitante le comunicó que, tras haberse realizado un seguimiento de sus gastos e ingresos durante los últimos ejercicios fiscales, se había descubierto que llevaba tiempo vendiendo ciertas cantidades de oro puro de origen desconocido, al tiempo que tampoco constaba justificación alguna en su declaración de la renta del dinero obtenido con esta irregular y no declarada actividad comercial.

El pobre granjero, atribulado y mal fingidor, intentó argüir la excusa de que cavando en el huerto había encontrado enterrada una antigua olla repleta de oro, y que lo había estado vendiendo poco a poco para no incitar a la siempre peligrosa codicia ajena. Mas el inspector no le creyó, mostrándole un fajo de informes en los que, entre otras muchas cosas, se demostraba que, según los análisis realizados, el oro que había vendido no podía provenir en modo alguno ni de monedas ni de joyas antiguas, ya que en la superficie de los huevos dorados se habían encontrado trazas de ADN pertenecientes a la especie *Gallus gallus*, subespecie *domesticus*, es decir, a una gallina doméstica, y este ADN había resultado ser reciente y sin el menor indicio de haber estado nunca bajo tierra.

Continuó enumerando el inspector una larga lista de presuntos delitos fiscales en los que éste habría incurrido, sumados los cuales podrían suponerle una condena por delito fiscal grave penada con prisión, a la que se sumaría la incautación de todos sus bienes para enjugar la deuda contraída con la Agencia Tributaria, muy abultada por la suma de las correspondientes multas, los recargos de apremio y los intereses de demora. Derrumbado, el granjero confesó entonces toda la verdad, tras lo cual condujo al inspector al gallinero mostrándole la gallina que ponía los huevos de oro y que, dicho sea de paso, en nada se diferenciaba exteriormente de sus congéneres comunes.

De vuelta a la vivienda el inspector sacó del maletín un documento mediante el cual se exoneraba al firmante de toda responsabilidad por los delitos fiscales cometidos,

permitiéndosele además disponer libremente de todo el capital y de los bienes obtenidos por la venta de los huevos, siempre y cuando éste entregara voluntariamente al animal y firmara un compromiso de confidencialidad comprometiéndose a no comunicar a nadie la existencia de tan valioso espécimen.

Accedió el granjero, qué remedio le quedaba, realizándose rápidamente la transacción. Marchóse el inspector de la granja con su maletín en una mano y una jaula con la gallina en la otra, dirigiéndose hacia un coche de color negro que le aguardaba aparcado en una esquina.

-¿Qué tal ha ido? -le preguntó el conductor, que había permanecido sentado en su asiento.

-Bien, era un pardillo y no ha costado demasiado trabajo convencerlo... por la cuenta que le traía -gruñó.

-La verdad es que ha sido una suerte que apareciera esta mutación que hace que la gallina concentre en sus huevos el oro que se encuentra disperso en proporciones infinitesimales por todos los lados... -comentó su compañero mientras arrancaba-. Y todavía más que nosotros hayamos podido descubrirla a tiempo.

-Sí, confirmó el inspector. Una vez que se consiga secuenciar el ADN y aislar el gen portador de la mutación, será relativamente fácil desarrollar una línea genética en la que todas las hembras de la especie convenientemente tratadas adquieran esta cualidad y se la transmitan a sus descendientes; al fin y al cabo, cosas más difíciles se han hecho con ratones. Entonces se las podrá criar industrialmente y obtener unas cantidades importantes de oro.

-Me temo que harán falta muchos kilos de oro, y por lo tanto muchas gallinas ponedoras, para poder enjugar el déficit del Estado tal como pretenden los de arriba -añadió pesimista el conductor al tiempo que enfilaba la calzada. Dichosos los tiempos en los que bastaba con subir los impuestos...

-Menos da una piedra -suspiró el inspector contemplando pensativo la jaula donde la gallina, ajena a su destino, se dedicaba a picotear tranquilamente en el comedero-. Pero no dejo de sentirme incómodo por habérsela arrebatado a ese pobre hombre de una manera tan artera, prácticamente a cambio de nada y poco menos que engañándole, puesto que un abogado medianamente hábil nos habría desbaratado el plan o, cuanto menos, lo habría logrado retrasar durante años, con lo cual mientras tanto se habría muerto la gallina saliendo perdiendo todos.

-Esto ya lo hemos discutido, era una cuestión de estado y si hubiéramos ido por las claras, requisándosela alegando interés científico o algo similar, e incluso si se la hubiéramos comprado a un precio generoso, habría sido imposible mantener el secreto... y

éste es fundamental para los planes del Ministerio, sobre todo teniendo en cuenta lo difícil que resulta incrementar la recaudación de impuestos con esta puñetera crisis. Eso sin contar con que los servicios de espionaje de otros países, incluyendo los de nuestros propios aliados, intentarían apoderarse del pobre bicho por todos los medios posibles. Créeme, ésta era la mejor solución, y el granjero mantendrá la boca cerrada porque nada da más pánico en este país que una inspección de Hacienda -concluyó cínicamente.

-Supongo que tendrás razón; pero me pregunto cómo demonios se podrá seguir ocultando una vez que las granjas estén en plena producción, con tantas gallinas sin que salga a la venta ni un solo huevo... de los normales, claro.

-Bueno, eso no es problema nuestro; ya se les ocurrirá algo a esos genios que cobran tanto por asesorar a los políticos. Trolas más gordas han colado sin que la gente se inmutara siquiera. Nosotros entregamos la gallina y volvemos a dedicarnos a cazar evasores fiscales, que es lo por lo que nos pagan.

-Pues sí.

Y enfilaron camino de la delegación de Hacienda con la satisfacción del deber cumplido.

LA VERDADERA HISTORIA DEL RATÓN PÉREZ

-Pero hombre, ¿cómo se le ocurrió hacer eso? -recriminó el comisario al detenido.

-Éste, ataviado con un mono de operario, se encogió de hombros.

-Yo me limité a seguir mis instrucciones. Entre los papeles que me requisaron está el parte de trabajo, pueden comprobarlo. Me dijeron que fumigara el edificio y así lo hice; se suponía que los vecinos tenían que estar avisados, pero ésta no era responsabilidad mía. Una vez que estoy allí ya tiene que estar todo listo para que pueda trabajar sin cortapisas ni obstáculos.

-¿Y si alguien se despistara o no quisiera salir de su casa?

-Si lo hubiera visto por supuesto le habría advertido, y también habría avisado a mi jefe, sin empezar hasta que estuviera solucionado. Pero como usted comprenderá, lo que no puedo hacer es ir llamando puerta por puerta por todo el edificio para comprobarlo. Cuando yo llegué ya tenía que estar vacío, y si no fue así a causa de un error estoy seguro que no fue mío.

-En esto no le falta razón -condescendió el policía- en lo que se refiere a los vecinos digamos... normales. El problema fue que además de ellos, que efectivamente habían abandonado sus domicilios para que usted pudiera trabajar sin riesgo, también residía allí el fallecido, al que nadie avisó y tampoco él se enteró lamentablemente de lo que iba a ocurrir.

-¿Y pretenden cargarme con el muerto a mí? -se indignó el obrero-. Yo tampoco lo sabía, ni tenía por qué saberlo.

-Sí, eso también es cierto... y desde luego depuraremos responsabilidades. Pero la ley nos obliga a seguir unos protocolos y, en este caso, tenemos que empezar por el autor material del accidente, es decir, usted. No obstante, quiero dejar bien claro que no está ni detenido ni encausado, sino simplemente investigado. Que llegue o no a ser imputado ya no depende de mí, sino del juez. En cualquier caso, y esto lo digo a título personal, lo que no entiendo es como no pudo usted enterarse de que el fallecido vivía allí, teniendo en cuenta que el acceso a su vivienda estaba perfectamente señalizado y que se trata de un popular museo conocido en toda la ciudad.

-Claro que conocía ese lugar, pero para mí era tan sólo un museo o un reclamo turístico, como prefiera. ¿Cómo iba a pensar que el Ratón Pérez existía de verdad? Hace ya mucho que dejé de ser un crío, y si se me cae un diente o una muela porque los tengo

picados o porque me he estampado la cara contra el suelo, desde luego no lo pongo debajo de la almohada esperando que un bicho me lo cambie por dinero.

-Pues por sorprendente que parezca, sí existía... y usted lo mató, inadvertidamente por supuesto, al fumigar su casa museo con él dentro.

-¿Y qué quería que hiciera? Precisamente los roedores estaban en la lista de las plagas a exterminar.

-Pero no ése -suspiró el policía-, y pienso que deberían haberle informado. No, por aquí no creo que vaya a tener usted problemas, salvo las inevitables molestias al verse incurso en un procedimiento judicial. Pero sospecho que puedan venir por otro lado.

-¿Por cuál? -preguntó azorado.

-¿Por cuál va a ser? Las redes sociales están que arden, y por desgracia la cabeza que piden es la suya, no las de los verdaderos culpables. Como se puede imaginar, los energúmenos que las agitan no se suelen caracterizar por su ecuanimidad, sino justo por lo contrario. Y aunque se han tomado medidas para frenar la campaña desatada en contra suya, me temo que no va a resultar fácil acabar con estos disparates, al menos en un plazo inmediato.

-¿Dónde queda entonces la presunción de inocencia?

-A nivel policial o jurídico no tiene por qué preocuparse. A nivel de la calle... ésta es otra historia. Por supuesto le apoyaríamos en caso de que tuviera que defenderse de difamaciones o de cualquier otro tipo de agresión, pero mucho me temo que no resultará fácil, ya que al monstruo de la opinión pública manipulada no hay quien le domine una vez desbocado.

El comisario, sin duda, estaba pensando en recientes y no tan recientes linchamientos públicos de personalidades célebres a las que la inquisición insensata de unas masas agujoneadas por agitadores y populistas profesionales les había arruinado sus vidas, e incluso en ocasiones había acabado con ellas, pese a la inexistencia de pruebas de aquello por lo que les acusaban. Pero por prudencia se abstuvo de decirlo. Al fin y al cabo, sentía compasión por el pobre hombre.

-No se preocupe -le tranquilizó-, todo se irá calmando con el tiempo y los irritados padres que claman ahora porque a sus hijos se les han arrebatado presuntamente la ilusión, pronto se olvidarán de ello para dedicarse a roer otros huesos que le lancen. Lo que sí es importante es que evite entrar en las redes sociales, algo que en cualquier caso es casi una cuestión higiénica, y que no entre al trazo de las provocaciones que se le presenten. Y paciencia, mucha paciencia hasta que se aburran, que se acabarán aburriendo aunque ahora estén pidiendo su cabeza siquiera virtualmente.

-Flaco consuelo -rezongó el aludido-. Pero temo que no me queda otro remedio que hacer lo que usted me indica. Por cierto, ¿tiene hijos?

-Sí -respondió sorprendido el policía-. Chico y chica, pero ya son mayores, así que el problema no les afecta.

-Yo tengo un niño pequeño, y a él sí le afecta, y mucho. Por si fuera poco su madre... - calló a tiempo la indiscreción-. Bueno, que la ha tomado conmigo y con ella mis cuñados, que también tienen hijos en edad de... crear.

-Lo siento, en el ámbito doméstico sí que no podemos hacer nada, aunque intentaremos dar prioridad a su hijo y a sus sobrinos para que sean atendidos por un psicólogo infantil, dado que la lista de espera ha crecido exponencialmente. Tengo entendido que se van a arbitrar medidas para resolver la crisis, pero tardarán algún tiempo en ser efectivas ya que los etólogos afirman que no resultará fácil entrenar a un ratón para que ocupe el lugar del difunto Pérez. Mientras tanto, habrá que capear el temporal lo mejor que se pueda.

Y viendo que su interlocutor se mantenía en silencio ensimismado en sus propios pensamientos, le animó:

-¡Venga, hombre! Verá como las aguas acaban volviendo a su cauce y esos energúmenos se olvidan pronto de usted. Vaya a casa y quédese tranquilo, hemos hablado con su empresa para que le den una baja laboral por ansiedad durante todo el tiempo que sea necesario.

-Entonces, ¿no estoy detenido?

-¡Por supuesto que no! -el policía se incorporó forzándole a hacer lo mismo y, asiéndole amistosamente del brazo, le encaminó hacia la salida-. Tan sólo tiene que estar disponible para el caso de que necesitáramos hablar con usted de nuevo. Ah, eso sí, le ruego que sea discreto y procure no salir de casa más de lo necesario, al menos hasta que se calmen los ánimos; ahora están bastante encrespados y podría tener la mala suerte de tropezar con un salvaje. Si por mí fuera le pondría una escolta policial, pero por desgracia los recortes presupuestarios nos han dejado la plantilla bajo mínimos.

Todavía aturdido, el involuntario raticida abandonó la comisaría sumergiéndose en el fárrago de las calles. El comisario, tras comprobar su lento caminar, llamó a un agente sin uniforme que se encontraba en el vestíbulo y le ordenó:

-Síguelo discretamente sin que se entere y cuando llegue a su casa te vuelves. Tú y Peláez tenéis que relevar al turno que vigila la entrada del colegio de los hijos de -dijo el nombre de un conocido político- y no quiero que os retraséis; no sabes como se pone cuando algo no se hace a su gusto.

LA VERDADERA HISTORIA DE LOS TRES CERDITOS

El Cerdito Práctico estaba preocupado. Sus dos imprudentes hermanos habían sido atacados por el Lobo Feroz, el cual había derribado sus endeble cabañas de paja y madera intentando devorarlos; y aún habían tenido la suerte de escapar de sus fauces refugiándose en su casa de ladrillo. No por ello había cejado en sus intentos la fiera, pero había topado con la solidez de los muros convertidos en un refugio seguro para todos ellos.

Pero el astuto Lobo, si bien no había podido conseguir sus objetivos, tampoco cayó en la trampa que le habían tendido poniendo un caldero de agua hirviendo en el hueco de la chimenea, con objeto de que éste se escaldara al bajar por ella desde el tejado. Simplemente, al constatar lo inútil de sus esfuerzos se había limitado a marcharse profiriendo amenazas pero sin darles la menor pista sobre sus planes.

Y si bien a Flautista y Violinista les faltó tiempo para celebrar alegremente la derrota de su mortal enemigo, su hermano mayor seguía desconfiando, por lo cual les conminó a no alejarse demasiado de la vivienda manteniéndose alerta en prevención de que el Lobo permaneciera al acecho a la espera de pillarlos desprevenidos.

No le faltaba razón a Práctico, puesto que éste era extremadamente tenaz y no acostumbraba a cejar en su empeño por más dificultades que se cruzaran en su camino; sobre todo cuando tenía hambre, y aparentemente tenía mucha. Pero con lo que no contaba el perspicaz gorrino era que su enemigo infligiera el ataque por donde menos lo hubiera esperado.

Una semana más tarde del frustrado asalto a su vivienda, llamó a la puerta la comadreja que ejercía el trabajo de carterera. Aunque no representaba ningún peligro para ellos, fue Práctico quien abrió preguntándole qué deseaba. Ésta se limitó a entregarle un sobre cerrado con el membrete del juzgado, tras lo cual se despidió volviendo sobre sus pasos.

Intrigado y acosado por la pegajosa curiosidad de sus hermanos, Práctico abrió el sobre y se puso a leer con desagrado el farragoso texto legal, saltándose todos los preámbulos y disquisiciones hasta llegar, después de varios folios, al meollo del documento.

Estupefacto, descubrió que se trataba de una orden judicial por la que se les conminaba a abandonar la vivienda procediendo a la demolición de la misma y al traslado de los escombros a un vertedero autorizado. De no hacerlo en el plazo indicado se aplicaría la ejecución sustitutoria, cargándole todos los gastos más los recargos y sanciones estipulados sin perjuicio de las responsabilidades legales en las que pudiera haber incurrido por desacato.

En un anexo encontró el motivo en el que se basaba el desahucio: según constaba en un certificado emitido por la concejalía de Urbanismo, Práctico había construido su vivienda, sin ningún tipo de licencia ni permiso municipal, en un terreno rústico en el que no estaba permitido edificar al estar protegido por las leyes medioambientales.

Aunque el fallo -así se advertía en el documento- era recurrible en plazo y forma ante las instancias correspondientes, Práctico sabía que sabía que no merecía la pena demorar lo inevitable; a diferencia del acoso continuo del Lobo Feroz, al que ya estaban acostumbrados, luchar contra la burocracia resultaría de todo punto imposible. Lo que le indignaba era que desde siempre habían sido muchos los que se saltaron la normativa sin que las autoridades se hubieran preocupado nunca por impedirlo. Así pues, ¿por qué se ensañaban con él cuando su modesta residencia causaba mucho menos impacto que residencias cercanas como la de la abuela de Caperucita, la de Blancanieves y los Enanitos, la del Ogro de Pulgarcito o la Casita de Chocolate?

De repente cayó en la cuenta: sin duda se había tratado de una denuncia del artero Lobo, el cual le constaba que tenía contactos no demasiado claros con algunos funcionarios municipales. Evidentemente se trataba de una artimaña para privarlos de su refugio y poder así perseguirlos por el bosque con la esperanza de cazar a alguno de ellos... e incluso a los tres. Por lo tanto, urgía buscar un lugar seguro en el que poder mantenerse a salvo de su mortal enemigo.

Así se lo comunicó a sus hermanos, y cuando éstos le preguntaron a dónde irían, respondió que de momento podrían refugiarse en la cabaña del cazador que salvó la vida a Blancanieves, que éste solía ocupar sólo cuando era necesario pernoctar en el bosque. Práctico tenía amistad con él, por lo que no habría problema en permanecer allí hasta que pudieran alquilar o comprar alguna vivienda que estuviera vacía.

Lo que no les dijo, ya que no confiaba demasiado en su discreción, fue que aprovecharía esta amistad para intentar convencer al gremio de cazadores de la necesidad de realizar una batida en el bosque para exterminar a los lobos que vivían en él, dada la amenaza que suponían para los habitantes de los cuentos. Daba por supuesto que contaría con el apoyo incondicional de personajes como Caperucita, el Pastor Mentiroso, las Siete Cabritillas y quizá también otros, por lo que no resultaría difícil conseguirlo.

“Al fin y al cabo -se dijo-, quien ríe el último ríe mejor”.

LA VERDADERA HISTORIA DE LA CIGARRA Y LA HORMIGA

La cigarra, aterida de frío y desfallecida por el hambre, llamó a la puerta de la morada de la hormiga en busca de auxilio, pues sabía que ésta había atesorado durante el verano gran cantidad de alimentos acarreados en innumerables viajes mientras ella se dedicaba a cantar despreocupadamente en la linde de los caminos. Esperaba que se compadeciera de ella, puesto que en su granero habría comida sobrada para las dos.

Pero la hormiga, sin permitirle siquiera franquear el umbral para poder refugiarse en el cálido y acogedor interior, le recriminó acremente su holgazanería cuando ella había estado trabajando sin parar, negándose en redondo a ayudarla tras lo cual cerró la puerta abandonándola a su suerte en el gélido ambiente invernal.

-¡Ah, maldita capitalista explotadora, esto no quedará así! ¡Te aseguro que recibirás tu merecido! -exclamó iracunda amenazando con el puño cerrado al impasible himenóptero-. ¡Volverás a saber de mí!

Tras lo cual se alejó de allí mascullando amenazas y maldiciones.

Días después, estando la hormiga sentada plácidamente en su sillón favorito leyendo un libro frente a la chimenea, oyó un tumulto cada vez más cercano. Intrigada se asomó a la ventana viendo como una multitud de insectos, arácnidos, miriápodos y otros invertebrados de diferentes ramas taxonómicas, encabezados por la vociferante cigarra, se acercaban a su vivienda con ademanes hostiles al tiempo que empuñaban en sus patas, en especial los miriápodos que las tenían sobradas, multitud de objetos punzantes, cortantes, serrantes o contundentes capaces todos ellos de causarle considerables daños y heridas, acompañadas por unas amenazadoras antorchas encendidas.

Gritando consignas tales como ¡Fuera el capitalismo!, ¡Muerte a los explotadores!, ¡La comida es para el pueblo! o ¡Revolución de los oprimidos!, comenzaron a rodear la vivienda con la evidente intención de saquear su bien provisto granero y quizás, incluso, de atentar contra su integridad física.

Alarmada la hormiga decidió pedir auxilio a sus hermanas, aunque mucho se temía que la ayuda pudiera llegar demasiado tarde. No obstante...

NOTA DEL EDITOR

Lamentablemente el códice medieval que relata la fábula de la cigarra y la hormiga se interrumpe aquí al haber desaparecido las últimas páginas, razón por la que se desconoce

cual pudo ser el final de la misma. No obstante, estimamos conveniente editarlo incompleto tal como nos ha llegado dada la gran importancia del documento. Rogamos, pues, que disculpen esta irreparable pérdida de la cual el único responsable es abandono al que el manuscrito estuvo sometido durante siglos, dado que cuando fue encontrado presentaba ya este deterioro sin que haya sido posible, pese a todos nuestros esfuerzos, completarlo a partir de otras fuentes.

II. PRINCESAS DE CUENTO

LA BELLA DURMIENTE DEL ASTEROIDE

Reprimiendo su excitación Kaar-Rus, príncipe heredero de los Siete Soles de Ulión tecleó con nerviosismo el código alfanumérico que tantos esfuerzos, tantas riquezas y tantas vidas sacrificadas le había costado conseguir en los más sórdidos rincones de la galaxia.

Tras culminar la secuencia, observó expectante la urna criogénica que se erguía ante él, con el bulto difuso por la escarcha que se entreveía en su interior. Sabía que no tendría una nueva oportunidad para intentarlo y que, en caso de fracasar, su ocupante continuaría en hibernación tal como había venido ocurriendo desde hacía tantos siglos, sin que los anteriores intentos de numerosos vástagos de casas reales hubieran logrado romper la maldición.

Pero en esta ocasión habría de ser diferente. El tenue zumbido del aparato aumentó en intensidad y frecuencia como si de un diapason se tratara e, instantes después, un brusco chasquido advertía de que el hechizo había quedado roto. Detrás del anhelante príncipe, los siete ewoks que desde tiempo inmemorial venían custodiando a la princesa yacente, rompieron en súbitos gritos de júbilo y gloria.

La urna se elevó retirándose a las entrañas de la máquina para dejar libre a la princesa, que poco a poco recuperaba la vida. Ésta estiró sus gráciles tentáculos a la par que, alzando su doble cabeza, preguntó con un armonioso trino salido de su dorado pico:

-¿Dónde estás, amado mío?

Pero el príncipe ya no se encontraba en la gruta que albergaba el mecanismo criogénico sino que, poniendo pies en polvorosa, a los mandos de su pequeña astronave huía despavorido del asteroide maldito. Podían habérselo advertido, pensó con amargura lamentando el tiempo y el dinero perdidos.

CUENTOS ROSAS

-¡Hola, amigos! Bienvenidos un día más a *Corazón Rosa*, el programa más dulce de toda la televisión. Y hoy, como siempre, os tenemos preparada una gran exclusiva que estamos seguros será de vuestro interés. Con nosotros, por vez primera en un estudio de televisión... ¡CENICIENTA!

Bajo los acordes de una fanfarria triunfal, y ataviada no con sus mejores galas sino con el modesto vestido que antaño llevara en casa de su madrastra, u otro que se le parece mucho, entra triunfalmente en el polícromo plató, descendiendo con aplomo por la escalera imperial, la invitada de honor del programa. Llega hasta el semicírculo de butacas en que están sentados el presentador y los inquisidores, y ocupa la suya con gesto arrogante. Calla la fanfarria, sustituida por unos calurosos aplausos -enlatados, por supuesto, en el plató nunca hay público- oportunamente pinchados por el regidor.

-Bienvenida a nuestro programa, que por supuesto es tu casa -saluda con hipocresía el engolado y por supuesto amanerado, que la imagen vende según todas las encuestas, presentador-. Estamos encantados de recibirte, y muy honrados de ser los primeros en poder contar con tu presencia en vivo.

Evidentemente todos los allí presentes, incluyendo por supuesto a la inmensa mayoría de los espectadores, saben:

- a) Que ha mediado una importante cantidad de dinero, ya que Cenicienta es conocido que no da gratis ni la hora.
- b) Que la invitada ha acudido a ejercer el derecho de réplica, amén de aprovechar para engrosar su últimamente decaída cuenta corriente, tras las explosivas declaraciones que una semana antes ha hecho, en esa misma cadena y en ese mismo programa, su odiada rival Blancanieves.

Una vez cumplimentados los rituales de rigor, y conforme al guión, comienza el degüello. Blancanieves ha acusado a Cenicienta nada menos que de haberle birlado al Príncipe Azul aprovechado su momentáneo estado cataléptico, lo que había provocado que finalmente fuera devuelta a la vida por un burdo leñador borracho que volvía a casa después de una noche de juerga con los amigotes. En consecuencia, en lugar de en un palacio -ni pensar en volver al reino de su padre, ya que una revolución ha proclamado la república- se ve obligada a residir en una rústica cabaña, pintoresca, eso sí, pero asimismo incómoda. Y menos mal que al leñador le ve poco...

Tras el resumen filmado de las explosivas declaraciones de su rival, comienza el turno de preguntas -es decir, el inmisericorde bombardeo- de los *periodistas* -es otro decir- adscritos a la nómina del programa.

-Cenicienta, ¿es cierto lo que afirma Blancanieves?

SMS: »BLNK, N TNS BSTNT KN SIETE?« KIKO

-¿Qué pasó con el príncipe que convocó el concurso de baile al que asististe disfrazada?

-¿Son ciertos los rumores de que tu *rústico* modelito es en realidad un diseño exclusivo de Tenorio y Pacino?

-Se dice que el Príncipe Azul y tú estáis atravesando una crisis matrimonial desde que él fuera visto en una discoteca parisina en compañía de Esmeralda la zíngara...

SMS: »PRINCPS, TOS KOLGAOS!« ROJO

La invitada se toma su tiempo antes de responder, para hacerlo finalmente de forma pausada. Sabe que le corresponde cargar con el *rol* de la mala de la película, e intenta jugar bien sus bazas; aunque firme partidaria del “*llámame tonto y dame de comer*”, no por ello deja de tener su punto de orgullo, máxime cuando en esos momentos la está contemplando el 23,62 % de la audiencia según los últimos sondeos de la cadena.

Comienza con un largo preámbulo con el que intenta reblandecer al público -a sus inquisidores, imposible- a base de airear una vez más su desgraciada y conocida juventud bajo la torva férula de las arpías de su madrastra y sus hermanastras, a las cuales por cierto -aunque esto se cuida mucho de decirlo- un oportuno accidente de tráfico quitó de la circulación apenas celebrado su matrimonio con el príncipe. Acto seguido, consciente de que los rostros de sus interlocutores comienzan a dar signos inequívocos de impaciencia, cambia hábilmente de tercio para concluir afirmando que ella sigue siendo la misma tierna muchachita de antaño, sin que su condición actual de princesa se le haya subido jamás a la cabeza.

-Pero cambiaste de príncipe, si no me equivoco -afirma, más que pregunta, la inquisidora primera, aprovechando con habilidad su breve pausa para coger aliento-. O al menos de eso te acusa Blancanieves, de haberle robado el suyo...

SMS: »ZNCTA TE SRVO YO?« VDR

-Bueno, vamos a ver -responde con aplomo, decidida a coger el toro por los cuernos- Para empezar, no fui yo quien abandonó a ese... príncipe -parece querer masticar la palabra-, sino que fue él quien se aprovechó miserablemente de mí gracias a esa ridícula campaña

de imagen del zapatito de cristal, que por cierto era de vulgar metacrilato. Por si no lo sabéis, y lo hago ahora público por primera vez, lo que ocurrió en realidad fue que su padre, haciéndose eco de los rumores que corrían por palacio, le amenazó con nombrar príncipe heredero a su hermano menor si no le daba pruebas fehacientes de su virilidad, así que montó todo ese tinglado tan sólo para ocultar que era gay.

-¿Y qué tiene eso de malo? -salta como un resorte el presentador sintiendo su orgullo, gay por supuesto, herido.

-Nada en una persona normal -se apresura a reconocer Cenicienta replegando apresuradamente velas-. Salvo que los príncipes, por imperativos de su trabajo, se supone que precisan tener descendencia con la que perpetuar la dinastía. Y claro está que...

SMS: »YO KERO SR KMO EL« LOLI

-Pero finalmente no os llegasteis a casar, como es público y notorio -le interrumpe el despellejador segundo.

-¡Claro que no! Apenas se había hecho público el compromiso de nuestra boda al carcamal de su padre le dio por morirse, eso sí, satisfecho, y como no había llegado a cumplir su amenaza, mi ex fue proclamado rey. ¿Y qué hizo el muy canalla apenas se vio con el culo en el trono? Pues faltarle el tiempo para anular el compromiso y, tras legalizar en su reino el matrimonio homosexual, dar ejemplo a sus súbditos casándose con su chambelán. Y mientras tanto, yo me quedé compuesta y sin novio, nunca mejor dicho. ¡Que le den...! -se interrumpe a tiempo.

SMS: »PRBA KN L XNBLAN?« MRRO

-Bueno, sobre este tema, si quieres, hablaremos otro día -interviene, solidario, el presentador-. Ahora, si te parece bien, volvemos a las declaraciones de Blancanieves. ¿Es cierto que haciendo buena la frase de “*a rey muerto, rey puesto*”, pero en príncipe, decidiste entonces birlarle a ella el suyo?

SMS: »CENI, TU SI K SABS« LOLO

-Vamos a ver -responde de nuevo Cenicienta fulminándole con una venenosa mirada-. Para empezar, no estoy dispuesta a tolerar que se me increpe en esos términos. Cuando hay amor por medio no se puede hablar de algo tan feo como un robo, sino de una tercera persona despechada porque no ha sido capaz de conseguir lo que quería, o porque no ha sido correspondida por aquella a quien pretendía. Yo no robé nada a nadie, y menos a esa... -prescinde del calificativo-. Simplemente conocí a mi Príncipe Azul antes que ella, y ambos nos enamoramos... así de sencillo. ¿Dónde está escrito que él tuviera que casarse con esa mujer en vez de conmigo?

SMS: »CENI ZORA PARA YA!« PURI

-Hombre, Cenicienta -objeta la sacamantecas tercera,- precisamente escrito, lo que se dice escrito, la verdad es que estaba en muchos sitios...

-¿Y qué? -reta la acusada con desparpajo-. Si todas las historias que se cuentan por ahí fueran ciertas, a saber donde estaríamos. Preguntad a Helena de Troya a ver qué os dice de Menelao, o a Eva sobre Adán, o a Julieta sobre el imbécil de Romeo...

-Ya, pero en el caso de Blancanieves la verdad es que la historia está bastante clara, porque tanto en la versión de los hermanos Grimm como en la película de Disney... - conforme a la cadencia preestablecida, la salva artillera corresponde ahora al viborilla número cuatro.

SMS: »CENI, VLVE A TS OYAS« MXOMAN

-¿Los hermanos Grimm? ¡Bah! -escupe con desprecio.

-Pues en tu propio cuento tampoco se puede decir que coincida precisamente el final - arguye, mordaz, la inquisidora.

-¿Acaso mentía también Perrault? -remacha el viborilla, saltándose su turno.

-Hay tantas versiones de mi cuento, tan diferentes y muchas veces contradictorias, que conviene no hacerlas demasiado caso -responde impertérrita la invitada-. Lo cierto es que mi vida es como es, y no como esos señores pretendieron que fuera... la mía y la de los demás, claro -aprovecha para encizañar-. ¿Sabíais que a esa mojígata, con toda su carita de no haber roto un plato en su vida, le falta el tiempo para ir a visitar a los enanitos cada vez que su marido sale al bosque? Y dicen que tiene para los siete...

SMS: »MUDTO LAS MTA KYNDO« PP

-¡Un momento, un momento! -interrumpe oportunamente el florido presentador-. Nos vamos unos instantes a publicidad -en realidad será un cuarto de hora largo- y volvemos enseguida con un testimonio de excepción: la Bella Durmiente ha tenido la deferencia con nosotros de interrumpir excepcionalmente su letargo para hacer unas declaraciones exclusivas a nuestro programa. No se lo pierdan, ni cambien de canal... -cosa que hará inmediatamente un 18,03 % de la audiencia, dado que en el programa de la competencia se está desarrollando en esos momentos un encendido debate sobre la conveniencia de ser novia de dos hermanos al mismo tiempo sin que ninguno de los dos llegue a sospechar del otro.

SMS: »MNS ROYO MS AMR LBRE« YO

* * *

-¡Hola de nuevo! Ya estamos de vuelta -con un 19,54 % de audiencia exactamente, aunque se espera que remonte varios puntos en los próximos minutos- y, tal como habíamos prometido, tenemos preparadas las declaraciones en ex-clu-si-va -enfatisa- de la Bella Durmiente, una famosa que como es sabido no acostumbra a conceder entrevistas públicas -cosa normal, puesto que se pasa el día durmiendo-. Pero antes, y gracias a la gentileza de nuestros patrocinadores, la nueva línea cosmética *Barbara Maxtor*, vamos a darles un avance de los reportajes que podrán ustedes disfrutar en nuestro próximo programa...

* * *

-Queridos televidentes, aquí está el reportaje en el que nuestra querida compañera Pimpinela Escarlata ha entrevistado en exclusiva a la Bella Durmiente:

-Hola, Bella, ¿Qué tal?

-¡...! -la joven, con una palpable cara de sueño, hace grandes esfuerzos por concentrar su atención en el micrófono que la periodista esgrime ante sus narices.

-Discúlpalos por haberte despertado, pero es que nos han llegado noticias de que tú tenías algo importante que contarnos acerca de la polémica que se ha desatado entre Blancanieves y Cenicienta...

-S... sí, claro que sí, tengo algo que contar... tengo mucho que contar -da un largo bostezo y continúa-. Esa furcia me lo quitó.

-¿Que te lo quitó? ¿Quién? ¿A quién?

-¿A quién va a ser? A mi príncipe, claro. Al Prínc... Príncipe Azul, ese que me tenía que despertar. ¿Acaso crees que es normal que después de tanto tiempo yo siga así? Era mío, y me lo quitó. Mío...

SMS: »BYA DRME LA MONA« RMON

-Discúlpame, Bella, pero todavía no nos has dicho a cual de las dos te refieres...

-¿Qué no lo he dicho? Pues lo voy a decir, para que todo el mundo lo sepa. Fue la Cenicienta, quien iba a ser si no... M... me lo quitó, me lo quitó la muy...

-Muchas gracias, Bella, por tu amabilidad, no queremos molestarte más -le interrumpe la periodista antes de que tenga tiempo de completar el ex-abrupto-. Felices sueños.

* * *

-Y bien, Cenicienta, ¿qué tienes que decir a eso? -el presentador, muy en su papel, ha adoptado el papel de un grave censor.

-Otra envidiosa -escupe con desprecio la interpelada-. ¿Qué culpa tengo yo de que todas esas frustradas sean incapaces de encontrar novio? ¿Por qué me tienen que responsabilizar a mí de sus fracasos?

SMS: »DI K SI OLE TU MDRE« JNXO

-Ya, pero no me negarás que tienes una especial habilidad para llamar la atención de los príncipes... -tercia la sacamantecas- y eso que no se puede decir que abunden.

-¿Y qué quieres, que pierda el tiempo fijándome en los leñadores? -evidentemente se trata de una carga de profundidad.

-Pero da la casualidad de que todos esos príncipes estaban ya... -el despellejador duda durante unos segundos antes de elegir el adjetivo adecuado- comprometidos.

-¡Y un cuerno! -estalla ella- ¡Comprometido estaba el mío, y me la pegó el muy cerdo con el chambelán! Los otros dos estaban libres en el momento de conocerme, y no es problema mío que esas dos taradas, en vez de ir a buscarlos, se dedicaran a dormir esperando a que llegara su Príncipe Azul. ¡Bah! Les está bien empleado.

SMS: »DLES KNA A ESAS FRSTRDS« MGAFL

-Escucha, Cenicienta, quisiera que me respondieras a una pregunta -interviene la inquisidora en un tono melifluo que apesta a falso.

-Tú dirás...

-Tu romance con el príncipe de... la Bella Durmiente, llamémosle así para diferenciarlo de los otros, ¿fue antes, o después, de que conocieras a tu actual esposo?

-¿Y eso qué importa? -el rostro de Cenicienta hace ahora honor a su nombre; por más que intente aparentar indiferencia, es evidente que esta pregunta no estaba pactada y le ha pillado desprevenida.

SMS: »VLE YA TS PSAO« PKA

-Hombre, yo creo que importa bastante -insiste la arpía, haciendo caso omiso de las inquietas miradas del presentador-. Estarás de acuerdo conmigo en que no es lo mismo haber conocido al príncipe de la Bella Durmiente antes de comprometerte con el de Blancanieves, que justo al contrario...

-Ése es un episodio que ocurrió hace mucho tiempo y que ya está olvidado.

-Yo creo que no necesariamente; a menos, claro está, que no tenga nada que ver con la espantada de tu esposo hace cinco años, cuando te dejó tirada en mitad de un viaje oficial a Oz y volvió él solo a palacio. Hay testigos que afirman que llegó hecho una furia...

-Disculpad que os interrumpa, pero tenemos una llamada en directo -zanja nervioso el presentador-. ¿Sí? -escucha, o finge escuchar, por el *pinganillo*-. Hola. Soy Narciso Malvarrosa -la rima de su apellido con el título del programa, jura una y otra vez, es pura coincidencia-. Estamos en directo, puedes intervenir cuando quieras.

SMS: »KRO SR PRNCP PARA TI« KLMOTXO

Mientras el regidor abre el canal de audio a la línea telefónica, Narciso aprovecha para explicar a la audiencia:

-Tenemos al teléfono a Bella de Bestia, que desea intervenir en el debate. Adelante, Bella, te escuchamos.

-¡Hooola! ¿Estáis ahí?

-Sí, estamos aquí. Bienvenida.

-Esto... Narciso, yo quería comentar algo sobre el tema de Cenicienta y los príncipes.

SMS: »K MLA S LNVIDIA« KRLS

La aludida frunce el ceño con desagrado. Aparentemente, tampoco esto estaba en el guión.

-Somos todo oídos -responde el presentador con semblante serio.

-Respecto a lo que habéis hablado de los príncipes, quiero decir que no sé si sabréis que ésa -recalca el pronombre- también coqueteó con el mío.

-¿El tuyo? -pregunta Narciso, extrañado.

-Sí, el mío, Bestia, ¿quién va a ser? ¿O es que no es también un príncipe, aunque esté encantado?

-Bueno, si lo miramos así... Entonces, ¿dices que Cenicienta te lo quitó?

SMS: »YVALO AL ZRKO« JNXO

-No, por suerte no me lo llegó a quitar; Bestia es muy bueno y sólo me quiere a mí. Pero intentó hacerlo.

-Escucha, monada -interviene Cenicienta en tono glacial-. ¿Acaso te crees que todas tenemos tan mal gusto como tú? Que a ti te gusten los monstruos, no significa que a mí me pase lo mismo. Por mí puedes quedarte con tu bicho, que yo no te lo voy a disputar. ¡Habrás visto la pelandusca ésta!

-¿Cómo que no me lo quisiste quitar, so zorra? Bien que lo intentaste en el baile de tu boda, cuando creías que no te veía nadie... pero yo bien que te vi, y luego Bestia me lo contó.

SMS: »BYA TU SI K SABS!« PTRZIA

-¡Eso es mentira! ¡A mí no me gustan los monstruos!

-¡Aquí el único monstruo que hay eres tú! En cuanto a tus gustos... ¡si hasta intentaste llevarte al huerto al lobo de Caperucita haciéndote pasar por su abuelita! Por cierto, ¿quién será tu próxima conquista? ¿Uno de los Tres Cerditos, Gollum o quizá el ogro Shrek?

SMS: »M PDO L CRDO PARA JMNES« TRGN

-¡Serás...!

-¡Un momento, un momento! -interviene el Malvarrosa para impedir que los ánimos se encrespen todavía más-. Queridas amigas, por favor, discusiones como éstas no, en *Corazón Rosa* ha de reinar siempre la amistad y la buena educación. Bella, muchísimas gracias por tu interesante intervención. Cenicienta, lo mismo te digo. Lamentablemente el tiempo se nos ha echado encima, y puesto que los telespectadores tienen ya suficientes elementos de juicio sobre este interesante asunto...

SMS: »PS YO A SRK« VRDE

-¡Pe... pe... pero...! -exclama esta última en el paroxismo de la perplejidad y con la mandíbula caída, casi, hasta la altura de los pechos.

De nada le servirá la tardía protesta, puesto que el regidor le ha desconectado oportunamente el micrófono al tiempo que la cámara enfoca al presentador en un primer plano, evitando así que los espectadores vean los airados gestos de la chasqueada invitada. Además, en su abultado *caché* va incluido cerrarle la boca cuando los responsables del programa lo estimen oportuno.

-Muchas gracias, queridos amigos, una vez más por vuestra fidelidad a *Corazón Rosa*. Nos vamos, pero sólo hasta el próximo programa, para el que tenemos preparado un interesante debate sobre el *affaire* de la madrastra de Blancanieves. ¿Fue en realidad tan perversa como se ha dicho, o por el contrario tan sólo pretendía imponer disciplina a una díscola adolescente? La respuesta a esta apasionante pregunta, dentro de siete días, como

siempre, en vuestro programa favorito. Y ahora os dejamos con nuestros compañeros de *La Isla de los Caníbales*, donde podréis asistir a una nueva nominación de esta apasionante aventura. ¿Será Peter Pan el devorado? ¿Será Alicia? Recordad que podéis mandar un mensaje SMS, con el nombre de vuestro favorito, a las direcciones que aparecen en la pantalla. ¡Hasta siempre!

SMS AL 555 00 00 00: »COMER PAN«

SMS AL 555 00 00 01: »COMER ALICIA«

Sintonía y cortinilla. Comienza la publicidad.

BLANCANIEVES Y LOS SIETE DESEMPLEADOS

Aquella mañana Blancanieves se incorporaba al trabajo después de disfrutar de unas merecidas vacaciones. Fichó a la entrada tal como lo hacía todos los días, se dirigió a la casita donde desarrollaba su cotidiana actividad laboral... y se quedó de piedra al encontrarse con que una cuadrilla de obreros estaba procediendo a desmantelarla.

-¿Qué ocurre aquí? -preguntó la sorprendida muchacha-. ¿Dónde están los enanitos? -añadió tras echar en falta a sus siempre puntuales compañeros de trabajo.

Los obreros, como era de esperar, no le prestaron la menor atención, excepción hecha de uno de ellos que, tras mirarla con descaro, le lanzó una soez proposición. Por fortuna para ella el capataz de la cuadrilla descubrió su presencia y se dirigió hacia donde se encontraba, probablemente con la intención de echarla de allí con cajas destempladas. No obstante, una vez que se hubo percatado de su identidad suavizó notoriamente su semblante.

-Tú eres Blancanieves, ¿no? -le preguntó a modo de saludo, en un intento de confirmar sus sospechas.

-Sí -respondió con hosquedad la interpelada, molesta por no verse tratada como estimaba que se merecía-. ¿Qué hacen ustedes aquí? Teníamos que empezar el cuento...

-¿Es que no lo ves? Estamos desmontando el escenario. ¡Tú, gañán, deja de pensar en las musarañas y a trabajar, que para eso te pagan! -gritó a uno de sus subordinados, que había aprovechado su momentáneo despiste para remolonear.

-¿Por qué? -el semblante de Blancanieves era la misma imagen de la perplejidad-. Lo necesitamos para trabajar.

-Ya no, chiquilla, ya no... -y apiadándose de ella añadió- ¿Pero es que nadie te ha dicho nada?

-No... ¿acaso tenían algo que decirme? Acabo de volver de las vacaciones, y me he encontrado con todo esto patas arriba.

-Han suspendido el cuento -masculló el capataz, que comenzaba a encontrarse incómodo-. Son órdenes de arriba; ya no habrá más Blancanieves y los siete enanitos.

-Pero, ¿por qué han hecho eso? -sollozó la muchacha.

-Chiquilla, ¿dónde has estado metida? Pero si ha sido la comidilla de todos los medios de comunicación durante varias semanas...

-Yo... la verdad es que he estado bastante desconectada, lo necesitaba para descansar. Le juro que no sabía nada.

-Ya lo veo, ya... verás -el hombre estaba visiblemente embarazado-. Hubo una denuncia de una asociación de esas que tienen unos nombres muy raros y que protestan por cosas que según ellos son discriminatorias o denigrantes para quienes dicen defender. Decían que exhibir a los siete enanitos atentaba según ellos contra los derechos fundamentales de las personas de talla inferior a la media... o qué se yo, usaban unas palabras muy extrañas que nunca había oído hasta entonces. El caso es que organizaron un follón de bastante consideración en los periódicos y la televisión, y finalmente la productora optó por hacerles caso cerrando el cuento; aunque para mí que lo que hicieron fue aprovecharlo como excusa para deshacerse de algo que había bajado mucho en los índices de lectura. ¡Oh, disculpa, no te lo tomes como un desprecio! -concluyó con torpeza, temeroso de haber metido la pata.

Pero Blancanieves no estaba para esas sutilezas. Compungida, alcanzó a preguntar:

-¿Y qué dijeron los siete enanitos?

-¿Los enanos? Pobre gente. ¿Qué querías que dijeran? Intentaron explicar que ellos no se sentían vejados en absoluto, y que ése había sido su único medio de vida desde hacía mucho tiempo, por lo que si se lo quitaban les dejarían sin trabajo. Pero no les sirvió de nada, la decisión estaba ya tomada y ahora están todos ellos en el paro; y me temo que lo tienen bastante crudo para encontrar otro empleo que no haya sido vetado por los capitostes de la asociación esa, que seguro que no tienen que ganarse los garbanzos todos los días.

-¿Y los demás?

-Pues de todo un poco. La bruja se acogió a la jubilación anticipada, el príncipe se ha ido a vivir con su novio a las Bahamas, dicen que es millonario y le mantiene, y el cazador se ha afiliado a la ONG *Cazadores sin fronteras*, y creo que anda ahora por Australia cazando conejos.

-¿Y yo? ¿Qué va a ser de mí? -imploró Blancanieves sintiéndose desamparada-. ¿Otra vez al paro?

-Lo siento, chica, eso es cosa de los mandamases de arriba -rezongó el hombre rascándose nerviosamente la coronilla-. Tendrás que ir a la oficina y hablar con tu jefe, te tienen que dar un preaviso de despido... y supongo que no te quedará otro remedio que buscarte otro empleo, porque según he oído aquí quieren montar el decorado de *Gran Cantíbal*.

-¡Pero yo no tengo ningún otro oficio, sólo sé hacer esto! -estalló en llanto Blancanieves-. ¿De qué voy a vivir cuando se me acabe el subsidio de desempleo?

-Pues... oye, ¿por qué no pruebas a ir a los programas de cotilleo? Eres conocida, guapa y seguro que tendrías cosas que contar. Muchos de los que se ganan la vida así son bastante peores que tú. Ahora que lo pienso -se animó de súbito-, ¡llevas toda la vida viviendo del cuento! ¡No va a haber quien pueda contigo!

LA VERDADERA HISTORIA DE BLANCANIEVES Y LOS SIETE ENANITOS

Nota del editor:

Éste es el verdadero final, inédito hasta ahora, del cuento de Blancanieves y los siete enanitos, el cual tenemos la satisfacción de dar a conocer por vez primera sin censura de ningún tipo. Puesto que el resto del cuento no presenta variaciones significativas con respecto a las versiones conocidas, hemos considerado que no era necesario repetirlo aquí.

* * *

Cuando Blancanieves mordió la manzana envenenada que le había dado su malvada madrastra, cayó como muerta sin que sus desesperados compañeros, los siete enanitos, consiguieran hacerla despertar de su profundo letargo.

Desolados, éstos construyeron una urna de cristal en la que depositaron el cuerpo de la desdichada joven, al cual prestaron todo tipo de cuidados.

Pasó mucho tiempo hasta que un día acertó a pasar por allí un joven y apuesto príncipe al que le habían llegado noticias acerca de la bella yacente. Tras pedir permiso a sus celosos custodios, el príncipe veló el cuerpo incorrupto durante toda una noche antes de comunicar a los enanitos su deseo de compartir su vida con la inerte muchacha.

Éstos, tras muchas dudas y deliberaciones, acabarían aceptando su petición. Así pues, el Enanito Sabio procedió a preparar una poción en todo similar a la que utilizara la pérfida bruja para emponzoñar la manzana, la cual bebió sin vacilaciones el príncipe.

Hoy, muchos años después de ocurridos estos hechos, la tumba de los dos amantes se ha convertido en un lugar de peregrinación famoso en todo el reino, e incluso en los estados vecinos, protegida por un magnífico mausoleo mandado erigir por el padre del príncipe en el solar sobre el que antaño se alzara la modesta vivienda de Blancanieves. Ambos yacen, el uno junto al otro, en una artística doble urna de cristal que permite apreciar sus rasgos, algo apergaminados ya pero todavía perfectamente reconocibles.

A sus pies se alzan siete pequeños túmulos en los que reposan los cadáveres de los siete enanitos originales, reemplazados a su muerte por otros tantos de talla similar siempre en número de siete, los cuales son sustituidos a su vez por nuevos enanitos conforme van falleciendo, aunque estos últimos ya no son enterrados en el interior del mausoleo, sino en un cementerio anejo.

Pero esto no importa a los miles de peregrinos que abarrotan el monumento y constituyen, dicho sea de paso, una pingüe fuente de ingresos para sus administradores. Así pues, no es de extrañar que exista una larga lista de espera para ingresar en la comunidad -se ha llegado a dar incluso algún intento de asesinato para originar una vacante-, y eso a pesar de que en todo el reino no se encuentran ya demasiados enanitos.

LA VERDADERA HISTORIA DEL PRÍNCIPE AZUL

Sintiendo como su corazón quería salirse del pecho por la emoción, el exultante Príncipe Azul, dando por buenas todas las dificultades que se había visto obligado a arrostrar hasta alcanzar la ansiada meta, empujó con cuidado la puerta de la cripta secreta donde según todos los indicios yacía desde hacía cien años, dormida a causa del conjuro de un hada malvada, la angelical Bella Durmiente, de la cual se había enamorado aun si tener la menor certeza de que su improbable leyenda pudiera estar basada en un hecho real.

Habían sido muchas las burlas que se vio obligado a sufrir, muchos los avatares por los que hubo de pasar, muchas las pruebas que le fueron necesarias vencer, mucho el tesón necesario para no desfallecer. Tomado frecuentemente por loco, frustrado ante pistas falsas que una y otra vez le habían conducido a callejones sin salida, tentado a menudo por el deseo de abandonar su quimérica búsqueda, tan sólo gracias a su voluntad de hierro había conseguido sobreponerse a todos los obstáculos hasta alcanzar su objetivo. Sí, no le cabía la menor duda de que tras esa puerta yacía su durmiente amada y que, tras despertarla de su letargo secular, ésta se convertiría gustosamente en su feliz y enamorada esposa.

Chirriando penosamente tras tantos años de abandono, la puerta se abrió con esfuerzo apenas lo suficiente para dejar paso a su ágil y nervudo cuerpo. El Príncipe Azul adelantó el pie derecho, al tiempo que con la mano izquierda empuñaba una antorcha con la que poder vencer la oscuridad que reinaba en el tenebroso recinto. Tan sólo le quedaba dar un paso más para cobrar su merecido triunfo; pero entonces, por vez primera, vaciló. ¿Y si, a pesar de todo, sus esperanzas se veían frustradas? ¿Y si después de tantos años de búsqueda tan sólo encontraba un recinto vacío o, todavía peor, una osamenta carcomida?

Mas su vacilación sólo duró unos breves instantes, los necesarios para aspirar una profunda bocanada de aire y, acto seguido, avanzar con decisión hacia su inmediata meta. No obstante no pudo evitar cerrar fugazmente los ojos, de modo que fue el tropiezo con algo duro el primer indicio que tuvo de que la cripta, cuanto menos, no estaba vacía.

Abriéndolos en un postrer y sobrehumano esfuerzo, el anhelante Príncipe Azul pudo comprobar, a la luz vacilante de la antorcha, que su largo peregrinar no había sido en vano. Ante él, yacente en un mullido lecho que ni tan siquiera los cien años de abandono habían logrado ajar, y cubierta de flores que milagrosamente habían conservado su lozanía, se hallaba la figura inerte de su amada, bella como un ángel durmiente tal como si su letargo datara tan sólo de unas horas atrás.

Tembloroso e ilusionado hasta donde un mortal pudiera ser capaz de estarlo, el enamorado Príncipe Azul se arrodilló a su lado y, tomando una de sus nacaradas manos, se la acercó a los labios dándole un casto beso.

Y entonces el milagro, contra todo pronóstico, se produjo. De forma suave la hasta entonces imperceptible respiración de la muchacha comenzó a recobrase, al tiempo que un tenue rubor comenzaba a teñir su pálido rostro. La Bella Durmiente, tal como había sido profetizado, volvía a la vida gracias al tesón y al puro y desinteresado amor de su salvador.

Apenas unos minutos más tarde ésta abría los ojos y, con esfuerzo, se incorporaba del lecho intentando despejar su evidente desconcierto.

-¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado? -masculló con voz débil, aunque argentina.

-Estás a salvo, mi bella enamorada -respondió su salvador en tono modesto-. Vine para librarte de la maldición, y no es otro mi deseo que convertirte en la mujer más feliz y afortunada del mundo.

-¿Y quién eres tú? -preguntó ella, todavía sin haber podido recobrar la totalidad de su consciencia.

-Soy el Príncipe Azul, tu más ferviente servidor y tu amante más fiel, alguien que ha luchado durante años contra todo tipo de obstáculos y adversidades buscando romper el maleficio en el que un espíritu malvado te había injustamente sumido. Soy, en definitiva, quien no anhela más en este mundo que unir su existencia a la tuya hasta que la cruel muerte nos separe, amada mía.

-Te... te agradezco mucho lo que has hecho por mí -balbuceó la muchacha dirigiendo por vez primera la mirada hacia su gallarda figura-. Y desde luego estaré encantada de... ¡PERO SI ERES AZUL! -exclamó atónita, abriendo los ojos como platos.

-Por supuesto que lo soy -se defendió éste, un pelín amoscado-; ya te dije que me llamo Príncipe Azul.

-¡Es que eres azul de verdad! -protestó ella.

Y tenía razón. La cara y las manos de su salvador junto, cabía suponer, con el resto de su piel que permanecía oculta tras el rico atavío, eran de un perlado azul celeste. Azules también eran sus profundos ojos, mientras los sedosos rizos de su cabellera dibujaban delicados tonos de color lapislázuli. Y aunque la rojiza luz de la antorcha no hacía justicia a su varonil apostura, pletórica bajo la radiante luz solar, sí alumbraba lo suficiente como para demostrar que el príncipe hacía, efectivamente, honor a su nombre.

-¡Pe... pero...! -porfió la muchacha apartando con brusquedad su nívea mano de la principesca mano azul-. ¡No puede ser! Hay gente blanca, gente amarilla, gente negra, gente cobriza, gente aceitunada... ¡Pero nunca había oído decir que hubiera gente azul!

-Es ésta una singularidad de la que me siento especialmente orgulloso -manifestó su salvador- y, al igual que tú, también se lo debo a un hada, en este caso benéfica, que concedió a mi madre el deseo de tener un hijo de cada color. Tengo un hermano verde, otro rojo, otro dorado y dos hermanas fucsia y lavanda. Formamos un bello conjunto cromático cuando estamos todos juntos. Y nuestros niños, supongo, tendrán un delicado tono azulado intermedio entre el mío y tu hermosa blancura.

-¡De eso nada! -exclamó Bella saltando bruscamente del lecho-. ¡No pienso tener hijos de colores absurdos! Soy blanca sin la menor impureza, y sólo me casaré con un príncipe blanco de alcurnia no inferior a la mía. ¿Qué te has creído? O te borras ese absurdo color, o desapareces para siempre de mi vista. Si a ti no te importa hacer el ridículo a mí sí, y mucho.

Abrumado por la inesperada respuesta y humillado en lo más profundo de su ser, el Príncipe Azul agachó la cabeza refrenando su ira y, cabizbajo, dio media vuelta con la intención de abandonar ese odioso lugar en el que tan bruscamente se había truncado su ilusión.

-¡Vete a un circo, mamarracho! -le espetó la joven cuando franqueaba la puerta-. Y no te preocupes por mí, que pretendientes *blancos* -recalcó el adjetivo- no me van a faltar.

-¡Maldita racista! -musitó éste en voz baja como única respuesta- Tú te lo pierdes, pedazo de imbécil, a ver si pensabas que mi único atractivo era el color.

Dicho lo cual, montó en su caballo abandonando aquella tierra maldita en busca de horizontes más halagüeños. Había oído hablar de otras princesas también necesitadas de rescate, como Blancanieves o Cenicienta, así que intentaría probar suerte con ellas. Ya tendría tiempo de arrepentirse esa cretina.

BLANCANIEVES Y LOS SIETE LOBITOS

La princesa Blancanieves lo había tenido todo para ser feliz. Desgraciadamente su madre, la bondadosa reina, murió a poco de nacer ella, casándose su padre en segundas nupcias con quien en realidad era una hechicera muy poderosa que, teniendo celos de la belleza de la inocente niña, ordenó a un cazador que la llevara a lo más recóndito del bosque y allí le diera muerte.

El cazador obedeció a la cruel reina pero, apiadado de ella e incapaz de asesinarla, la abandonó en el bosque, llevando como falsa prueba de su muerte el corazón de un ciervo que hizo pasar por el de la princesa.

Poco hubiera podido sobrevivir Blancanieves en tan agreste lugar, poblado de fieras peligrosas, de no ser porque, vagando hambrienta, descubrió una casita en un claro que se abría en la espesura, la cual resultó ser el hogar de siete bondadosos lobitos que, viéndola tan desvalida, se apiadaron de ella...

-¡Un momento! -tronó furioso el director-. ¿Qué majadería es ésta? ¿Por qué demonios se le ha ocurrido cambiar a los siete enanitos por esa ridiculez de los siete lobitos?

-No ha sido iniciativa mía -balbuceó apesadumbrado el guionista-. Me lo han exigido los de arriba. Yo pensaba igual que usted, pero ante la alternativa de verme en el paro...

-¿Y que motivos le dieron para justificar semejante estupidez? ¿Acaso no les gustaba el cuento clásico?

-Sí, pero una asociación que decía defender los derechos de las personas de talla baja les amenazó con denunciarles si daban una imagen discriminatoria de ellos, así que prefirieron quitarlos de en medio para evitarse problemas.

-Bien, entonces, ¿por qué no poner en su lugar a siete actores de estatura normal?

-¡Oh, no, eso habría sido todavía peor! La Liga por la Decencia hubiera denunciado inmediatamente la inmoralidad de hacer convivir a una joven soltera con siete adultos varones en mitad del bosque...

-Pues sí que estamos apañados -gruñó el director-. Pero esa absurda historia de los lobitos... ¿a quién se le ocurrió?

-En realidad a mí... -respondió el escritor, poniéndose rojo hasta las orejas-. Estábamos en un callejón sin salida, y pensé que con siete lobos... bueno, lobitos, evitaríamos toda posible connotación sexual incluso para los más puritanos. Además, así mataríamos dos

pájaros de un tiro ya que conseguiríamos el apoyo de los ecologistas al dar una imagen positiva de estos animales, tanto en los cuentos y las películas como en la vida real.

-Pues vamos a hacer un pan con unas tortas.

-No, ahí está el truco. La idea es que sean interpretados por actores reales, por supuesto, pero convenientemente disfrazados de lobos antropomorfos benévolos y, por supuesto, impúberes. Al fin y al cabo, es un cuento para niños.

-Ya -el director distaba de estar convencido-. ¿Y la bruja?

-¡Oh! También teníamos que tener en cuenta a las asociaciones feministas. No sería una bruja tradicional, sino simplemente una hechicera momentáneamente cegada por el mal. Por supuesto no morirá y, tras arrepentirse de su error, acogerá a Blancanieves como una madre. Me insistieron mucho en la necesidad de que transmitir mensajes positivos a los niños.

-Ya. En fin, mucho me temo que tendremos que tragar con todo este tinglado si queremos seguir ganándonos las lentejas -suspiró el director con resignación.

-Pues no podemos quejarnos -objetó su interlocutor-, al fin y al cabo se trata tan sólo de una película infantil. Peor lo llevan en el equipo que pretende rodar una nueva versión de *Lo que el viento se llevó*; imagínese que les han prohibido hacer la menor alusión a la esclavitud...

-¡Pero si la Guerra de Secesión tuvo como una de sus principales causas precisamente su abolición! -exclamó escandalizado el director-. Si quitan la esclavitud, se cargan la película.

-En eso están. Pero no es el único obstáculo con el que han topado. Las asociaciones antirracistas han exigido que al menos dos de los papeles protagonistas sean interpretados por actores negros, preferentemente los de Melanie y Ashley porque dicen que ya es hora de que los negros interpreten personajes empáticos. Y no es eso todo, también quieren imponer como protagonistas a un cupo de actores hispanos, indios y asiáticos; y menos mal que al final consiguieron convencerlos de que un esquimal o un maorí encajarían mal en el reparto.

-Pues así a bote pronto, si descartamos a Melanie, Ashley y Mammy porque era una esclava, tan sólo quedarían disponibles los papeles de Escarlata y Rhett Butler, así que me temo que no habría para todos.

-¡Oh, no! Estos dos no los quieren, porque dicen que son personajes negativos y prefieren que los sigan interpretando actores blancos. Los guionistas están sudando tinta viendo la manera de incrustar en la trama a varios personajes nuevos, y por supuesto

positivos, que puedan representar los actores de estas minorías, para así darles visibilidad. No les envidio, varios han abandonado y un par de ellos han necesitado tratamiento psiquiátrico.

-Como se pongan muy puntillosos -ironizó el director- acabarán cambiando hasta el título de la película.

-Pues también se está considerando, para evitar posibles reclamaciones de los meteorólogos.

-Ojalá hubiera elegido otro oficio -rezongó el director al tiempo que suspiraba profundamente-. En fin, volvamos a los zorritos. ¿O eran lobitos?

BLANCANIEVES Y LOS CUATRO ENANITOS

Como todas las mañanas, Blancanieves fichó a la entrada del cuento y entró en él para abordar su tarea cotidiana. Porque, en contra de lo que creen muchos, los protagonistas de los cuentos también tienen su jornada laboral de cuarenta horas semanales como cualquier otro trabajador.

Entró en sala común que daba acceso a los dos vestuarios, el masculino y el femenino, encontrándose allí con el Enanito Gruñón, todavía vestido de calle y con un ademán de cabreo todavía mayor que el suyo habitual.

-¿Qué te pasa, Gruñón, te veo disgustado... -le saludó con afabilidad; pese a su apariencia, era una buena persona.

-¿Qué me va a pasar? -gruñó éste haciendo honor a su nombre-. ¿Acaso tú...? -se interrumpió al observar su expresión de ignorancia-. ¿Es que no te has enterado?

-¿De qué? -preguntó inocentemente la muchacha.

-¿No has leído el correo electrónico que nos mandaron hace un par de días? -y viendo el semblante sorprendido de Blancanieves añadió-. Nos han hecho un ERE y han despedido a tres de nosotros. Yo me he librado, pero Mudito, Mocosito y Dormilón se han ido a la calle. Sólo quedamos cuatro: Sabio, Feliz, Tímido y yo.

-¡Oh, cuanto lo siento! -acertó a decir la princesa.- ¿Y qué va a ser de ellos?

-Mudito pasará a cobrar una pensión por su discapacidad sensorial, y Mocosito y Dormilón se acogerán a las ayudas para mayores de cincuenta años. En realidad todos nosotros tenemos muchos más, en torno a los cuatrocientos, pero nos han asimilado a la esperanza de vida media del país y ni tan siquiera les han concedido directamente la jubilación. Pero qué se le va hacer, no había otra alternativa.

-Entonces, quedamos nosotros dos y los otros tres enanitos...

-Así será por el momento, pero vete a saber lo que nos pueden hacer más adelante. Con la excusa de la crisis económica están arramblando con todo lo que se les pone por delante.

-Menos mal que yo soy única... -se le escapó imprudentemente a Blancanieves-. Con cuatro enanitos podremos salir adelante, pero sin mí...

-No te hagas demasiadas ilusiones -le agitó Gruñón, fastidiado por su reflexión egoísta-, éste es sólo el primer paso. Se rumorea que han abierto un expediente para

estudiar la posibilidad de fusionarnos con Cenicienta, La Bella Durmiente y Caperucita Roja en un único cuento para “optimizar recursos”, como dicen los muy sinvergüenzas. En ese caso sobraríais tres de las cuatro protagonistas femeninas.

-¡Oh, serán...! -exclamó Blancanieves rematando la interjección con un grueso adjetivo más propio de un carretero que de una princesa, al ver que también a ella le habían tocado en la línea de flotación-. ¿No se atreverán...?

-¿Que no? -rezongó Gruñón-. Fíate de ellos. De hecho también querían incluir en el lote a La Bella y la Bestia, pero finalmente decidieron meterlo en otro estudio de “optimización” junto con El jorobado de Notre Dame, El gigante egoísta ¡y hasta con Frankenstein! Tú me dirás. No sé hasta donde vamos a llegar, me veo disfrazado de ewok en la próxima película de La guerra de las galaxias.

-Bueno, yo siempre podría volverme a mi palacio...

-No seas ingenua, niña. También piensan reducir drásticamente la nómina de príncipes azules, reyes, reinas, lobos y hasta de las mismísimas brujas. Te pondrán de patitas en la calle con una indemnización ridícula y ¡a buscarte la vida!

-¡Oh, eso sería terrible! -gimió ella que, como buena princesa, carecía del menor conocimiento para desempeñar un oficio-. ¿Qué va a ser de mí?

-Bueno, chiquilla, tampoco tiene por qué ser tan negro el futuro... -intentó consolarla el enanito, maldiciéndose por ser tan bocazas-. Y discúlpame si te he asustado, pero de sobra sabes que yo soy gruñón por naturaleza y a veces merecería que me taparan la boca con un bozal. De momento seguiremos trabajando tal como lo veníamos haciendo, sólo que con tres compañeros menos, y luego ya se verá. Hale, alegre esa cara y al tajo.

-¡Pero todavía estáis así! -les increpó en tono desabrido un ayudante de dirección que entró en ese momento-. ¡Vamos, vestíos de una puñetera vez, que tenemos que empezar dentro de nada! ¡Panda de holgazanes! -añadió para sí, pero no lo suficientemente bajo como para que no le oyeran-. Si de mí dependiera...

Ambos obedecieron entrando en sus respectivos vestidores, no sin pensar de forma simultánea, cual si mediara telepatía entre ellos, que era una lástima que a todos esos enchufados no los reconvirtieran, a ser posible en galeotes.

PUBLICIDAD DE CUENTO

MARMOTINOL

EL MEJOR SOMNÍFERO DEL MERCADO

RECOMENDADO POR BLANCANIEVES Y LA BELLA DURMIENTE

NUEVE DE CADA DIEZ PRINCESAS DE CUENTO LO TOMAN

¡PRUÉBELO!

NI EL PRÍNCIPE AZUL SERÍA CAPAZ DE DESPERTARLE

DESCONFÍE DE BRUJAS, HADAS MALVADAS Y OTROS IMITADORES

EL AUTÉNTICO MARMOTINOL

SÓLO LO ENCONTRARÁ

EN LOS MEJORES ESTABLECIMIENTOS DEL RAMO

MARMOTINOL

SUEÑOS DE CUENTO GARANTIZADOS

BLANCANIEVES Y LOS ¿SIETE ENANITOS?

Como todas las mañanas, Blancanieves fichó a la entrada del cuento y entró en él para abordar su tarea cotidiana. Llegó a sala común que daba acceso a los dos vestuarios, el masculino y el femenino, encontrándose allí con el asistente.

-¿Dónde están los enanitos? -le preguntó extrañada por su ausencia, puesto que sus compañeros solían ser puntuales.

-Esto... -el subalterno se mostró azorado-. Me temo que no van a venir más, han causado baja en la plantilla.

-¿Los siete?

-Los siete. La productora fue denunciada por una asociación ciudadana bajo la acusación de trato vejatorio a las personas que padecen esa discapacidad, y los de arriba prefirieron no complicarse la vida. Así pues los pobres pasaron a engrosar la lista de paro. Se quedaron sin trabajo, pero dejaron de ser un problema -concluyó con sorna.

-Entonces, ¿con quién voy a trabajar ahora? -la muchacha estaba perpleja.

-¡Oh, por eso no te preocupes! Ya han contratado a sus sustitutos. No tardarán en llegar, hace un rato estaban haciendo el papeleo.

-¿Y los nuevos son...?

-No, todos ellos tienen una estatura normal. Eso sí, ya puestos han aprovechado para hacer algunos cambios de cara a evitar que en un futuro algún colectivo pudiera considerarse perjudicado.

-¿Cómo?

-Bien -respondió el asistente con embarazo-, han elegido a miembros de las principales etnias del planeta: caucasiana, subsahariana, oriental, amerindia, papú, inuit y gitana, aunque barajan aumentar su número para poder incluir a las que se han quedado fuera como los árabes, los hindúes, los ainos, los iraníes, los turcomanos o los melanesios. Según dicen, no tienen por qué ser necesariamente siete ena... -se interrumpió a tiempo.

-Pues sí que estamos apañados -resopló Blancanieves-. A este paso sólo van a faltar los australopitecos y los neandertales; más que un cuento esto se acabará pareciendo a la Asamblea General de la ONU.

-Todavía no es seguro, pero lo que sí han considerado oportuno es demostrar que tampoco eran machistas repartiendo los papeles mitad y mitad entre ambos sexos -añadió tímidamente el empleado.

-Pues como no partan al séptimo por la mitad...

-Eso ya lo tuvieron en cuenta reservándolo para un miembro, miembra o miembro del colectivo LGTB+... aunque me temo que tendrán que repartírselo entre sus distintas facciones salvo que al final acaben incrementando la plantilla. Creo que también consideraron incluir los diferentes tipos de discapacidad, así como las principales religiones incluyendo a los ateos, pero de esto último no estoy tan seguro. Y menos mal que no hicieron caso a los especistas, que exigían la inclusión de un mono antropoide.

-¿Alguna novedad más?

-Quieren que la madrastra sea buena para evitar personajes que transmitan mensajes negativos, y que tu envenenamiento no sea con una manzana para no perjudicar a los fruticultores, sino fruto de una confusión accidental de un sirope de frambuesa con una sustancia tóxica mal etiquetada.

-Menudo rompecabezas -rezongó la niña con ironía-. Con tantos cambios, ¿cómo demonios se va a llamar ahora el cuento?

-Según he oído podría ser algo como *Blancanieves y los siete personajes*, aunque todavía no es seguro dado que alguien ha propuesto cambiarte también el nombre a ti, puesto que podría resultar discriminatorio para otros colores de piel.

-¡Pues yo no pienso cambiármelo, me lo pusieron cuando nací sin que nadie me pidiera opinión! ¡Y además me gusta! -estalló la heroína.

-Supongo que lo que harían sería rotarte con los otros siete o más miembros del elenco... -explicó el cada vez más cohibido empleado-. Pero yo sólo sé lo que he oído, aquí soy el último mono.

-Disculpa, ya sé que tú no tienes la culpa, pero como comprenderás esto afecta directamente a mi trabajo y no estoy dispuesta a tolerar semejante intromisión. Voy ahora mismo a hablar con el productor.

Y salió hecha una furia dando un fuerte portazo.

-Menos mal que se ha ido antes de que me viera forzado a decirle que también han cambiado al Príncipe Azul por una Princesa Arco Iris -suspiró el pobre hombre sacando un pañuelo para enjugarse el sudor del rostro-. Conociéndola como la conozco, mucho me temo que no le va a hacer ni pizca de gracia que le bese en la boca el nuevo fichaje.

EL PRÍNCIPE CHASQUEADO

Embargado por la emoción, el Príncipe Azul se acercó al catafalco donde yacía el cuerpo inerte de la Bella Durmiente. A la luz de la antorcha, única luminaria de la sombría cripta, admiró con embeleso su bello rostro sobre el que no se atisbaba el menor indicio de vida.

Pero ella estaba viva, de eso no le cabía la menor duda, ya que su cuerpo no mostraba el más mínimo signo de deterioro pese al siglo transcurrido desde que la maldición de la pérfida bruja la sumiera en un profundo letargo. El hechizo era poderoso, pero él sabía como conjurarlo. Y estaba dispuesto a hacerlo.

Depositando la antorcha en una argolla de la pared, se inclinó con suavidad apoyando las manos en el borde del lecho y, lentamente, aproximó su rostro al de ella hasta que, tras una breve indecisión, apoyó los labios en la yerta boca acariciándola con un ardoroso beso.

Y el milagro sucedió. De forma suave la hasta entonces imperceptible respiración de la muchacha comenzó a recobrase, al tiempo que un tenue rubor comenzaba a teñir su pálido rostro. La Bella Durmiente, tal como había sido profetizado, volvía a la vida gracias al tesón y al puro y desinteresado amor de su salvador.

Apenas unos minutos más tarde ésta abría los ojos y, con esfuerzo, se incorporaba del lecho intentando recobrar la lucidez de la que había estado privada durante tantos años.

Pero su reacción no fue la que éste esperaba. Haciendo un gesto de repugnancia retrocedió irritada, al tiempo que le increpaba:

-¿Qué es esto? ¿De dónde viene este asqueroso olor a ajo?

El Príncipe, sorprendido, le respondió:

-Es mi aliento, querida princesa. Una adivina me dijo que el ajo era el único contraveneno capaz de arrancarte de tu sueño, así que mastiqué unos cuantos dientes antes de entrar en la cripta. Y así ha sucedido -concluyó entusiasmado.

-Pues me parece muy bien, pero vaya pestazo que sueltas; creí que se me cortaba la respiración. Jamás en mi vida he soportado el olor a ajo, así que bien podrías haberlo intentado con un antídoto más aromático. Y por favor, aparta la boca de mi cara porque hijo, esto no hay quien lo aguante.

Turbado, ya que era un gran aficionado a los ajos y los comía con fruición, el Príncipe obedeció ayudándola gentilmente a incorporarse. Bella, ya restablecida, le espetó:

-Muchas gracias por tu ayuda, pero puedo valerme por mí misma. Puedes volverte a tu reino; supongo que toda la servidumbre que también fue hechizada habrá despertado a la vez que yo, así que ya no te necesito.

-¡Pero...! -exclamó atónito el chasqueado Príncipe Azul-. ¡Si yo pretendía casarme contigo!

-¿Estás loco? ¿Con esa facha y apestando a ajo como si fueras un miserable aldeano? Ni de coña. Además, por si no lo sabes, yo estaba prometida en secreto con mi novio, el cual decidió acompañarme en mi letargo disfrazándose de servidor del palacio; ahora que ya no viven mis padres, que se oponían a nuestro matrimonio, podremos hacerlo sin ningún impedimento. Por cierto, no creo que tarde mucho en venir a buscarme, y más vale que para entonces ya no estés aquí porque es muy celoso y además bastante bruto.

Más corrido que una mona, el abatido Príncipe Azul recogió su antorcha -que se fastidiara la individua quedándose a oscuras- sin decir una palabra de despedida y desanduvo el camino hasta que, una vez fuera de la cripta, recogió a su caballo y montando en él partió a galope sin dignarse en volver la mirada atrás, dado que era allí donde quedaban sepultadas todas sus esperanzas.

Lo cual fue una lástima porque, una vez roto el hechizo, el áspero bosque se había metamorfoseado en unos lujuriantes jardines al fondo de los cuales se perfilaba la audaz silueta del resurgido castillo, conformando un paisaje realmente digno de admiración.

BLANCANIEVES Y LOS SIETE...

Blancanieves, vagaba desorientada por el bosque, tras haberse apiadado de ella el cazador al que la malvada madrastra le había ordenado que le diera muerte, cuando se encontró frente a una casita en la que entró en busca de ayuda. Tras comprobar que ésta se encontraba vacía, se desplomó completamente agotada en una de las siete camas que había en ella.

Al despertar, descubrió que estaba siendo observada en silencio por los habitantes de la vivienda. Pero algo no coincidía con el guión, ya que en lugar de siete enanitos se encontró con otros tantos bigardos, el más bajo de los cuales no bajaría del metro noventa de estatura, cuyas ropas apenas disimulaban sus perfilados músculos.

-¿Quiénes sois vosotros? -preguntó sobresaltada-. ¿Dónde están los enanitos?

-Ya no trabajan aquí -respondió el que parecía llevar la voz cantante-. Al entrar en vigor la nueva ley que prohíbe emplear a personas de talla baja en espectáculos que pudieran resultar denigrantes o vulneraran los derechos de las personas con discapacidad, la productora se vio obligada a rescindirles el contrato. Nosotros somos sus sustitutos, seleccionados conforme a la letra de la ley.

-Pero entonces, los pobres se habrán quedado sin trabajo... ¿de qué van a vivir ahora?

-No te preocupes por ellos; los prejubilamos con una generosa pensión, aunque ellos hubieran preferido seguir trabajando en esto, que era lo que les gustaba. Ya sabes, *dura lex, sed lex*.

-Esperamos que no hayas perdido con el cambio -saltó zumbón otro de ellos.

-¡Oh, no! -Blancanieves se sentía confusa-. Vosotros parecéis buenos chicos. Sólo que...

-¿Acaso no te gustamos? -indagó un tercero adoptando una estudiada pose de culturista.

-No, no es eso -se justificó la muchacha cada vez más ruborizada-. Es que... bueno, los enanitos eran entrañables e inofensivos. Vosotros... no quiero que me interpretéis mal, pero yo soy una chica joven, estoy, creo, de buen ver y vosotros... también sois jóvenes y apuestos. No es que os tenga miedo, ni mucho menos, pero no podemos olvidar que estamos en un cuento infantil y en fin... -tartamudeó- quizás pudiera haber malentendidos acerca de nuestra cohabitación, ya sabéis, alguien podría pensar equivocadamente que...

-Ya te he dicho que habíamos sido elegidos conforme a la ley -le interrumpió el primero soltando una carcajada-. Y además los productores querían estar seguros de que no surgirían problemas. Ni tienes que temer nada de nosotros, ni existe la posibilidad de que surja un malentendido. Todos somos gais, y así se advertirá en los títulos de crédito. Tanto tu honor como el nuestro -le guiñó un ojo con picardía- estarán completamente a salvo.

-Bueno, eso no tiene por qué impedir que nos llevemos bien, ¿verdad, chicos? -respiró aliviada.

Pero mientras se hacían las presentaciones -ciertamente sus nuevos *partenaires* eran simpáticos y agradables- Blancanieves, tras su encantadora sonrisa, no cesaba de darle vueltas a una sospecha que le preocupaba.

“Espero que los imbéciles de los productores no se les haya ocurrido también cambiar al Príncipe por vete a saber qué estafermo; porque como se atrevieran a hacerlo me iban a oír. Hasta ahí podíamos llegar; soy capaz de dejarles sin la protagonista principal y allá se las apañen”.

BLANCANIEVES Y LOS SIETE PITUFOS

Entró Blancanieves en el camerino y su sorpresa fue mayúscula al encontrar allí, en lugar de sus compañeros de reparto, a unos minúsculos personajes de apenas quince centímetros de estatura, intenso color azul y tocados con unos ridículos gorros frigos.

-¿Pero quiénes sois vosotros? -les espetó irritada-. ¿Qué hacéis aquí?

-Somos pitufos -respondió con dignidad el que parecía ser el jefe, ya que era el único que tenía barba e iba vestido con pantalones y gorro rojos en lugar de blancos-. Y a partir de ahora seremos tus *partenaires* en el cuento.

-¿Estáis chiflados? ¿Dónde están los enanitos? Apenas faltan diez minutos para empezar...

-Hablamos en serio -porfió su interlocutor-. La productora decidió ahorrar en gastos de personal y los prejubiló aprovechando una oferta del gobierno. En su lugar nos contrató como autónomos a nosotros, y como somos pequeños cobramos bastante menos por cabeza... por lo cual, para compensar, propusimos que fuéramos catorce, o como poco diez; pero se cerraron en banda, así que en siete nos hemos quedado. Pero como somos muchos, más de un centenar, nos iremos turnando periódicamente. Bueno, se irán turnando ellos; yo sólo he venido aquí para ultimar los detalles y firmar los contratos, no me puedo ausentar demasiado tiempo de la Aldea Pitufa.

-Pues sí que estamos apañados -se dijo la muchacha-. ¿Qué voy a hacer yo con estas ridículas cucarachas azules?

Y ya en voz alta, se dirigió a ellos:

-Está bien, si tenemos que trabajar juntos, trabajaremos. Supongo que os habréis aprendido bien el guión...

Las miradas con las que la fulminaron hubieran podido volatilizar piedras. ¿Cuestionar la capacidad de unos profesionales como ellos! ¿Acaso ser monstruosamente grande -para su escala- ya la convertía en mejor actriz? Pero ellos también callaron por prudencia.

En ese momento se encendió el aviso de llamaba al plató, por lo que todos ellos se apresuraron a dirigirse allí dejando de lado las suspicacias mutuas. Eso sí, Blancanieves procuró no pisar inadvertidamente a ninguno.

Además, tenía la mente ocupada en otro tema que le preocupaba bastante más.

-Los muy cerdos se han desembarazado de los enanitos, y eso que les pagaban una miseria. ¿Serán capaces de hacer lo mismo conmigo? El otro día vi a la miserable de Caperucita entrando sigilosamente en el despacho del productor jefe, anda que no se le nota que vendería su alma al diablo con tal de quitarme el papel. Pero no, no se atreverán a tanto, yo soy la estrella indiscutible del cuento... espero.

BLANCANIEVES... PERO NO TANTO

Blancanieves abandonaba el plató camino de su camerino cuando fue abordada por un asistente que, bastante turbado, le comunicó que el productor deseaba verla en su despacho. Intrigada pero no preocupada, dado que era la estrella indiscutible del espectáculo, se encaminó hacia allí sin parar para quitarse antes el traje, ya que suponía que se trataría de un mero trámite sin la menor relevancia.

Pero se equivocaba. El productor la recibió con cara de póker, algo inhabitual en él cuando pretendía camelarles y, tras invitarla a sentarse, le soltó la bomba:

-Lamento tener que comunicarte que la compañía ha decidido prescindir de tus servicios. Por supuesto se te abonarán todos los devengos y la indemnización que marca la ley, junto con una gratificación en reconocimiento a los servicios prestados mientras has estado al frente del cuento.

Blancanieves se quedó lívida, si es que esto era posible tras su níveo y espeso maquillaje, y tras guardar silencio mientras luchaba por digerir el golpe, balbuceó con voz trémula:

-¿Que me despedís? ¿Así por las buenas? ¿Es que no estáis satisfechos con mi trabajo?

-¡Oh, no! -su interlocutor, visiblemente incómodo, intentaba disimular sin demasiado éxito su embarazo jugando nerviosamente con las gafas-. Al contrario, nunca hemos tenido la menor queja de ti ni hemos cuestionado en ningún momento tu profesionalidad. Pero los tiempos cambian y... -hizo una pausa para tragar saliva- bien, ocurre que tu personaje, y te aseguro que no es nada personal, ha comenzado a ser incómodo para el público.

-¿Coooooomo? -la muchacha no salía de su asombro.

-No es cosa nuestra, sino de los índices de audiencia. Ya sabes... hay que acabar con el etnocentrismo blanco y con cualquier otro tipo de discriminación como el machismo... ¡ejem!, esto en tu caso esto no reza, el racismo, el maltrato animal o la lgtbfobia, dando entrada a los colectivos históricamente marginados. Y tu personaje, empezando por el propio nombre, queda al margen de las nuevas líneas argumentales.

-¿A quién pensáis poner en mi lugar? -Blancanieves comenzaba a sospechar por donde iban los tiros-. ¿A Negranieves? -ironizó.

-¡Oh, no, qué nombre más horroroso! -negó hipócritamente su interlocutor-. Por supuesto que no, la nieve nunca es negra salvo que esté sucia... aunque -vaciló- sí es cierto que está previsto contratar a una protagonista... -vaciló, estando a punto de escapársele el

término incorrecto- afroamericana o subsahariana, quizás incluso originaria de Melanesia o Australia. El nombre, como bien has supuesto, hará alusión al color de su piel, pero será algo ajeno a la nieve que evoque sensaciones positivas tal como el ébano, el azabache, la obsidiana, el firmamento... ese detalle todavía no está decidido por el departamento de Promoción.

-Y yo en la calle... -le interrumpió mordiendo las palabras.

-Bueno, no; como te acabo de decir el estudio está en deuda contigo, por lo que hemos decidido ofrecerte en compensación una plaza que ha quedado vacante en otro cuento de nuestra productora.

-¿En la Bella durmiente? -se le escapó. Aparte de su rivalidad con Bella, o quizás a causa de ella, Blancanieves siempre le había tenido envidia por lo cómodo de su papel, durmiendo plácidamente la mayor parte del tiempo hasta que llegaba el Príncipe Azul y la despertaba. Además, a diferencia de éste al suyo le olía el aliento a ajo.

-No, en éste no. Sería para la Cenicienta...

“Bueno, tampoco está mal del todo, comenzó a decirse para sí misma”.

... pero no de protagonista -continuó impertérrito el productor-; tanto ella como la Bella durmiente se encuentran en una situación similar a la tuya. Sería para el papel de una de sus hermanastras que se ha acogido a la jubilación anticipada.

-¿Y si no acepto? -retó ella, ya que lo que menos le apetecía era la humillación de verse pasar de protagonista a ser la mala de otro cuento.

-Pues... -el encogimiento de hombros no dejaba lugar a la duda-. En Personal se encargarán de todo el papeleo.

-Me lo pensaré -bufó Blancanieves levantándose con tanta brusquedad que estuvo a punto de volcar la silla. Y salió dando un portazo al tiempo que el titular del despacho exhalaba un profundo suspiro. Todavía le quedaban varios sapos más por tragar.

LA VERDADERA HISTORIA DE LA BELLA Y LA BESTIA

Sentados plácidamente en el jardín del palacio, Bella y Bestia charlaban.

-Bella, te estaré eternamente agradecido por alegrar mis tristes días, todavía más porque has sido la única persona que no me has rechazado por mi aspecto.

-Yo aprecio mucho tu amistad y la manera tan gentil con la que me has tratado siempre -respondió la muchacha-, y sé también lo que deseas; pero deberíamos esperar.

-¿A qué? -preguntó él sorprendido.

-A... bueno, a tu metamorfosis. Sé que fuiste víctima de una maldición y que sólo el amor podría redimirte de ella. Yo estoy dispuesta a ayudarte pero, no te lo tomes a mal, si no te importa sería preferible que ésta ocurriera antes.

-¿Deseas verme en mi aspecto original? -suspiró el desdichado-. Nada me gustaría más que satisfacerte, máxime cuando gracias a ti haya podido recobrar la ilusión. Pero por desgracia esto no podrá ser; en contra de los rumores que corren por ahí y por los que seguramente te has dejado llevar, los diagnósticos de todos los médicos que consulté fueron concluyentes: la mutación es irreversible ya que alteró mi ADN, y no existe manera alguna de revertirla. Moriré siendo lo que soy ahora, un monstruo, pero lo haré feliz habiendo gozado de tu amor, al que corresponderé con toda mi alma.

-No es para tomárselo de una forma tan dramática -objetó Bella disimulando su turbación-. Al fin y al cabo hoy en día la apariencia no es tan importante como lo era antes, y fuera de estos muros bajo los que te confinaste existen multitud de opciones para disfrutar de la vida, lugares cosmopolitas en los que nadie te juzgará por tu aspecto.

-¡Ay! El mundo entero te daría si ello fuera posible. Yo era rico cuando la malvada bruja perpetró su maldición, hasta este punto alcanzó su perfidia dejándome los medios para llevar una vida regalada al tiempo que me condenaba a padecer el rechazo de los demás... pero las visitas a los mejores, y todo hay que decirlo, los más caros especialistas, junto con los inútiles tratamientos que me prescribieron, consumieron la práctica totalidad de mi fortuna.

-Bueno, todavía te queda esta magnífica propiedad, por la que seguro pagarían un buen pico; imagínate la urbanización de chalets de lujo que podría salir de aquí. Tampoco necesitaríamos tanto, bastaría con una casa en un barrio residencial y un servicio reducido, con un par de criados y una cocinera sería suficiente y no supondría un gasto excesivo, pudiendo vivir tranquilamente de las rentas.

-Tampoco será posible -negó con tristeza Bestia agitando la cabezota-. Como no tenía suficiente dinero me vi obligado a hipotecar la propiedad, y como no pude pagar los intereses ni amortizar el capital, dentro de tres meses me veré obligado a abandonar el palacio, que pasará a poder del banco. Pero no me importa -gimió el infeliz-; estando tú y yo juntos, hasta la más humilde choza de pastores me parecerá el mejor palacio del mundo.

-Esto... discúlpame, pero me está empezando a doler la cabeza. Ya sabes, mis jaquecas... Si no te importa, me iré a descansar y mañana seguiremos hablando.

Pero a la mañana siguiente, lo único que encontró Bestia fue una nota en la que Bella se despedía diciéndole que había recibido un mensaje en el móvil avisándola de que una bondadosa tía abuela suya residente en la lejana capital, a la que siempre había querido mucho, había enfermado gravemente, por lo que marchaba sin demora para asistirle en las que quizás fueran sus últimas horas.

No volvió a tener noticias suyas ni de la tía abuela.